

El campamento legionario de Cáceres el Viejo (Cáceres, España), escenario de la Guerra de Sertorio

Carlos Pereira y Ángel Morillo (eds.)



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ANEJOS DE
Gladius

ANEJOS DE

Gladius

22

Dirección

Esther Rodríguez González, Instituto de Arqueología de Mérida (IAM), CSIC-Junta de Extremadura

Secretaría

Javier Moralejo Ordax, Universidad Autónoma de Madrid

Comité Editorial

Sebastián Celestino Pérez, Instituto de Arqueología de Mérida (IAM), CSIC-Junta de Extremadura

Adolfo J. Domínguez Monedero, Universidad Autónoma de Madrid

Christine Farnié Lobensteiner, Ministère de la Culture - DRAC Centre-Val de Loire

María del Mar Gabaldón Martínez, Universidad CEU San Pablo

Susana González Reyero, Instituto de Historia (IH), CSIC

Eduardo Kavanagh de Prado, Universidad Autónoma de Madrid

Fernando Quesada Sanz, Universidad Autónoma de Madrid

Álvaro Soler del Campo, Real Armería, Patrimonio Nacional

**El campamento legionario
de Cáceres el Viejo
(Cáceres, España), escenario
de la Guerra de Sertorio**

**O acampamento legionário
de Cáceres el Viejo
(Cáceres, Espanha): cenário
da Guerra de Sertório**

Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán (eds.)

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Madrid, 2025**

La versión electrónica de este libro está disponible en acceso abierto en editorial.csic.es y se distribuye bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución-Non Comercial-No Derivadas 4.0. La información completa sobre dicha licencia puede ser consultada en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>. Esta licencia afecta solo al material original del libro. El uso del material proveniente de otras fuentes (indicadas en las referencias), como diagramas, ilustraciones, fotografías o fragmentos de textos, requerirá permiso de los titulares del *copyright*.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Cómo citar: *El campamento legionario de Cáceres el Viejo (Cáceres, España), escenario de la Guerra de Sertorio* / Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán (eds.). Madrid: CSIC, 2025.

Esta publicación se ha financiado a través de los proyectos científicos: «Acampamentos militares romanos no Occidente peninsular: estratégias de conquista e controlo do território» (SFRH/BPD/108721/2015), dirigido por Carlos Pereira y concedido por la Fundação para a Ciência e Tecnologia (FCT) de Portugal; y, «Paisaje y territorio militarizado en la Hispania Romana: movilidad y transferencia cultural (siglos II a.C. – IV d.C.)» (HAR2017-85929-P, MINECO/AEI/FEDER), concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España, dirigido por Ángel Morillo Cerdán y Cruces Blázquez Cerrato.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado:

<https://cpage.mpr.gob.es>

EDITORIAL CSIC: <http://editorial.csic.es> (correo: editorialcsic@csic.es)



© CSIC, 2025

© Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán (eds.), y de los textos, sus autores

© De las ilustraciones, las fuentes mencionadas a pie de figura

© Imagen de cubierta: antefija en forma de rostro femenino (3440); estatuilla de Minerva (3412); moharra de *pila* (3887). Fotografías de Carlos Pereira, composición de Rita Silva y Ángel Morillo. En la contra, altar o quemaperfumes de Cáceres el Viejo (3475). Fotografía de José Miguel González Bornay.

ISBN: 978-84-00-11357-5

e-ISBN: 978-84-00-11358-2

NIPO: 155-24-230-7

e-NIPO: 155-24-231-2

Depósito Legal: M-26998-2024

Coordinación editorial: Enrique Barba (Editorial CSIC)

Diseño y maquetación: Calamar Edición & Diseño

Impresión y encuadernación: Taravilla, S.L.

Impreso en España. *Printed in Spain*

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

Índice

Agradecimientos.....	11
Nota prévia	13
<i>Ana Margarida Arruda</i>	
Günter Ulbert, Adolf Schulten, Cáceres el Viejo y el azar.	15
<i>Romana Erice Lacabe</i>	
Introdução. Cáceres el Viejo: o poder da guerra e a guerra pelo poder	19
<i>Carlos Pereira</i>	
1. El yacimiento de Cáceres el Viejo: cuestiones preliminares / O sítio de Cáceres el Viejo: questões prévias.	35
De «Castra Caecilia» a Cáceres el Viejo: o debate sobre a topografia antiga em torno a Cáceres e o impacto dos trabalhos de A. Schulten	37
<i>Carlos Pereira, Carlos Fabião y Jesús Salas Álvarez</i>	
Substratos, adstratos y conjeturas en el debate sobre la etimología del topónimo «Cáceres».	69
<i>Pedro Albuquerque, Ana Mateos-Orozco y Emna Bouhawl</i>	
O antes e o depois: outras evidências materiais em Cáceres el Viejo	79
<i>Ana Margarida Arruda, Elisa de Sousa, Íris Dias, Tânia Casimiro y Carlos Pereira</i>	
2. La arquitectura y los materiales del campamento / A arquitectura e os materiais do acampamento	95
El campamento legionario: arquitectura militar y sistema de castrametación	97
<i>Ángel Morillo Cerdán</i>	
Las ánforas	137
<i>Carlos Pereira, Rui Morais y Ángel Morillo Cerdán</i>	
Buscando entre platos rotos. La cerámica de barniz negro y sus imitaciones	165
<i>Andrés María Adroher Auroux, Maite Segura García y Vincenzo Soria</i>	

A cerâmica de paredes finas e os unguentários.	237
<i>Elisa Sousa</i>	
La cerámica común.	247
<i>Carmen Aguarod Ota y Carlos Pereira</i>	
A cerâmica pintada.	349
<i>Francisco B. Gomes</i>	
Las lucernas.	381
<i>Ángel Morillo Cerdán y Carlos Pereira</i>	
Materiales de tradición indígena. Las cerámicas estampilladas.	401
<i>Luis Berrocal-Rangel</i>	
El material latericio.	409
<i>Ángel Morillo Cerdán y Rosalía María Durán Cabello</i>	
Materiales cerámicos singulares: altares, quemaperfumes y otros elementos.	423
<i>Ángel Morillo Cerdán y Rosalía María Durán Cabello</i>	
Monedas inéditas del campamento.	435
<i>José Miguel González Bornay</i>	
Las armas del campamento y los «militaria» en los inicios del siglo I a. C. en «Hispania».	457
<i>Carmelo Fernández Ibáñez</i>	
A baixela metálica e outros artefactos relacionados com actividades domésticas.	549
<i>Carlos Pereira y Romana Erice Lacabe</i>	
Las fíbulas.	579
<i>Romana Erice Lacabe</i>	
Ponderales y contrapesos.	619
<i>Diego Barrios Rodríguez y Cruces Blázquez Cerrato</i>	
La tésera de hospitalidad.	639
<i>Ignacio Simón Cornago y Aránzazu López Fernández</i>	
Otros artefactos metálicos: as actividades do exército.	647
<i>Teresa Rita Pereira</i>	
Os utilitários de têxteis cerâmicos e metálicos: preparar, fiar, tecer.	689
<i>Teresa Rita Pereira</i>	

Os instrumentos de osso.	713
<i>Íris Dias</i>	
Pedras para soldados: os artefactos líticos.	725
<i>Íris Dias, Carlos Pereira y Ana Catarina Sousa</i>	
El final del campamento: ¿destrucción provocada o abandono deliberado?	743
<i>Ángel Morillo Cerdán</i>	
3. Cáceres el Viejo en el contexto de la Guerra de Sertorio / Cáceres el Viejo no contexto da Guerra de Sertório.	747
La cronología del campamento: un contexto material-tipo de época sertoriana	749
<i>Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán</i>	
Abastecimiento, producción local y patrones de consumo en el campamento de Cáceres.	781
<i>Ángel Morillo Cerdán, Carlos Pereira, Rui Morais, Andrés María Adroher Auroux y Carmen Aguarod Otal</i>	
La moneda en los contextos sertorianos peninsulares	821
<i>Cruces Blázquez Cerrato</i>	
Itálicos «Ex formula togatorum» en Hispania. Una aproximación.	837
<i>Estela García Fernández</i>	
Los ocupantes del campamento: de los materiales arqueológicos a la cuestión de la identidad y del género	853
<i>Cruces Blázquez Cerrato, Ángel Morillo Cerdán y Andrés María Adroher Auroux</i>	
Cáceres el Viejo en el marco de la estrategia militar de la guerra sertoriana.	863
<i>Ángel Morillo Cerdán y Carlos Pereira</i>	
4. Conclusões	871
Conclusões	881
Conclusions	889
5. Anexos.	897
Anexo I. Resultado del análisis realizado sobre un fragmento de ánfora.	899
<i>Ángel Morillo Cerdán</i>	

Anexo II. Análisis petrográfico a través de lámina delgada	907
<i>Carmen Aguarod Ota y M.ª Pilar Lapuente Mercadal</i>	

Anexo III. Análisis petrográfico y químico de muestras cerámicas seleccionadas	915
<i>Carlos Pereira, Romualdo Seva Román, María Dolores Landete Ruiz y Cristina Biete Bañon</i>	

Bibliografía	925
Fuentes literarias	927
Referencias bibliográficas	928
Informes técnico-científicos	1032

Perfil académico de los autores	1033
--	-------------

Apéndice documental. Catálogo completo de Cáceres el Viejo (PDF)

Abastecimiento, producción local y patrones de consumo en el campamento de Cáceres

Ángel Morillo Cerdán, Carlos Pereira, Rui Morais,
Andrés María Adroher Aurox y Carmen Aguarod Ota

1. El abastecimiento militar durante el periodo republicano

El abastecimiento del ejército romano ha sido un tema bastante tratado durante las últimas décadas, en particular debido a la percepción cada vez más clara de su influencia en la economía global del Alto Imperio. Publicaciones como las de Birley (1981), Middleton (1983), Wierschowski (1984), Remesal (1986), Herz (1988), Adams (1999), Breeze (2000), Roth (1999), Erdkamp (1998), Carreras (1997; 2002), Papi (2007), Stallibrass y Thomas (2008), Salido (2011) y Kehne (2011) han abordado la cuestión para el periodo imperial. La etapa republicana ha recibido mucha menor atención (Labish, 1975; Cadiou, 2008; Erdkamp, 2010). Esta misma tendencia se ha reflejado en la península ibérica con algunos años de retraso, aunque en este caso, el largo proceso de conquista durante los siglos finales de la República y el periodo augusteo ha focalizado la investigación en dichos momentos (Morillo, 2006; 2010; Cadiou, 2008; Erdkamp, 2010; Carreras, 2010a; Morillo y Salido 2010; Naco y Principal, 2011; 2020; Morillo y Morais, 2020). Aun así, la mayoría de las aproximaciones sobre el periodo tardorrepúblico se han centrado más en la información contenida en los textos que en los datos arqueológicos.

Las referencias de las fuentes clásicas son muy escasas a este respecto. Conocemos además alguna documentación escrita sobre otros soportes (papiro, tablillas de madera). Pero el registro arqueológico sobre las cuestiones de producción, abastecimiento y consumo militar es muy parco. El carácter perecedero de muchos de estos productos y bienes básicos limita seriamente su identificación. A excepción de los envases de aceite, vino, aceitunas o salazones, solo los productos manufacturados (cerámica, metales, vidrio, útiles óseos) ofrecen pistas sobre la importación de vituallas y los lugares de procedencia de las mismas. Ni el grano, transportado en sacos o serones, ni otros bienes, como los textiles, el cuero o los objetos de madera, suelen dejar evidencia arqueológica directa. En la península ibérica la situación se ve agravada por las características de sus suelos, rocosos y que retienen poca humedad, que no facilitan la conservación de la materia orgánica. Este hecho nos priva de una información muy valiosa para la reconstrucción de la historia económica del ejército romano. La epigrafía y la iconográfica, además de algunos

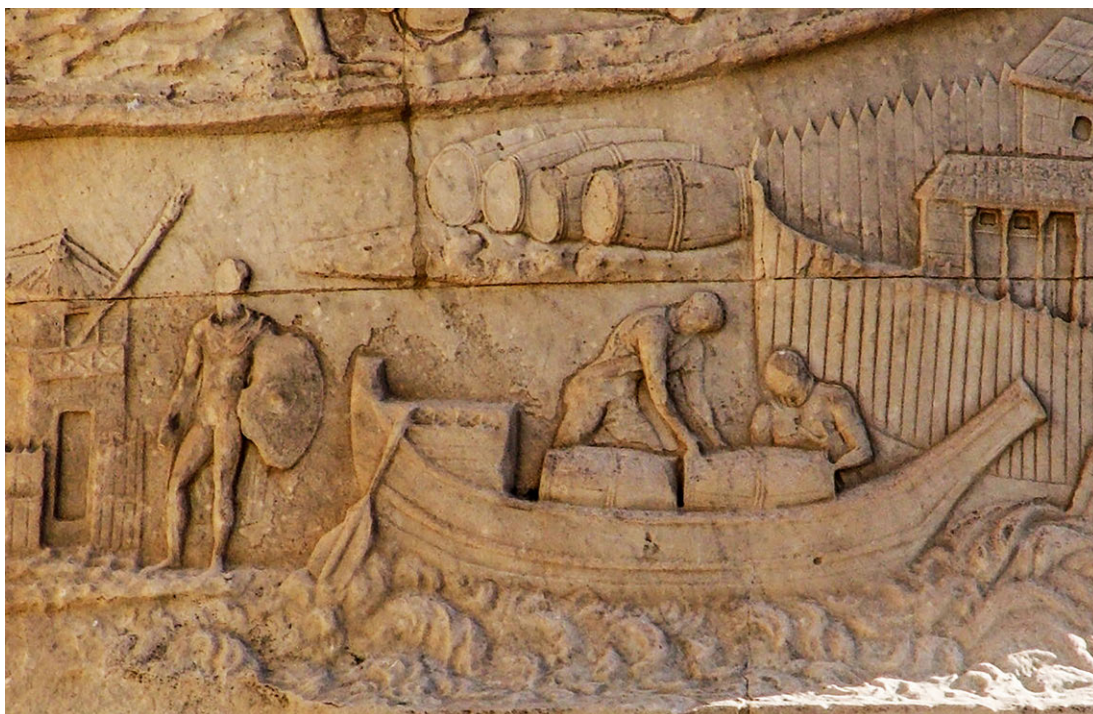


Figura 1. Escena de la Columna de Trajano con transporte de barriles en barcas fluviales por el Danubio.
(Fotografía: A. Morillo)

hallazgos en contextos privilegiados como *Vindolanda*, confirman el abundante empleo de recipientes perecederos (barriles, odres) para el transporte en barcos o barcazas, carros o a lomos de caballerías de sustancias como el vino y el aceite (Marlière, 2002; 2019; Morillo y Morais, 2000: 174) (figura 1). En dicho fuerte del muro de Adriano, donde el material orgánico se ha preservado de forma excepcional, el 78% de las importaciones vinarias eran transportadas en toneles a final del siglo I d. C. (Marlière y Torres, 2005: 229-230).

Herramienta de gran utilidad para conocer algunas especies animales y vegetales consumidas en el ámbito de los campamentos militares son los estudios arqueobotánicos y arqueozoológicos. Dichos análisis se revelan especialmente útiles para conocer los tipos de cereales y leguminosas en la dieta del soldado romano, una cuestión en la que el trabajo de Davies (1971) fue pionero. Más complicado resulta distinguir entre especies animales consumidas como carne fresca y empleadas como bestias de carga o *iumenta*. Dichos análisis se aplican de forma cada vez más sistemática en la antigua *Britannia* y las provincias renanas del Imperio (p. ej. Kooistra, 1996; Matterne, 2001; Stallibrass y Thomas, 2008).

Más allá de las evidencias arqueológicas directas sobre la presencia de determinados productos, como vemos a veces muy limitadas, han sido las estructuras de almacenamiento en el interior de los campamentos las que han permitido centrar la atención de los especialistas en el tema del avituallamiento militar, ya que el grano, al que debemos añadir las legumbres (lentejas, habas, garbanzos), constituía la base de la alimentación, bien como pan, bien preparadas en forma de gachas (figura 2). Existen almacenes de cereales en el interior de los campamentos, pero también de otros bienes de consumo y productos manufacturados (*horrea*) (Rickman, 1981; Petrikovits, 1975; 85-86) más difíciles de identificar, porque se apartan del modelo de



Figura 2. Conjunto de cáscaras de nuez (*Juglans regia*) procedentes del pozo n.º 2 de Iesso (Guisona). Los frutos secos constituyeron sin duda un complemento alimenticio de primer orden para las tropas romanas (Fotografía J. Pera Isern).

construcciones sobreelevadas o graneros para cereales (*granarium*) (Morillo y Salido, 2010: 136-137; Salido, 2011: 50-42).

La necesidad de alimentar y cubrir las insuficiencias de las tropas llevó a arbitrar un complejo mecanismo de control estatal sobre el transporte, almacenaje y redistribución para movilizar recursos. Fue preciso organizar una amplia red de suministros con destino a las tropas estacionadas en lugares muy distantes de los centros productores, tanto de artículos de primera necesidad (grano, aceite, vino, salazones), como materias primas (metal, madera en bruto, tejidos de lana y cuero, fibras vegetales) y productos manufacturados (ajuares domésticos, armas y elementos de indumentaria personal, moneda) (Erdkamp, 1998: 11-26; Roth, 1999: 156-157). De la escala que tuvo que adquirir dicha estructura logística nos dan una idea las cifras de determinados productos. Una legión altoimperial, para su suministro anual, requería más de 154 toneladas de grano y casi 110 toneladas de otros alimentos (Kehne, 2011: 325), más de medio millón de litros de vino y ochenta mil litros de aceite, seguramente sin contar con el aceite para iluminación (Morillo y Morais, 2020: 149-150).

El mecanismo se apoyaba en un sistema de transporte a gran escala (*vehiculatio*), centrado en el comercio marítimo-fluvial en la medida de lo posible y frecuentando rutas determinadas, los llamados circuitos *annonarios*, con un concepto de mercado dirigido, intervenido en determinados segmentos por el Estado (Morillo y Morais, 2019: 186-166). Evidentemente que esta necesidad era mayor en el caso de campamentos en campaña, obligados a una mayor movilidad, lo que exigía constantes reajustes de las líneas de abastecimiento (Erdkamp, 1998: 12). Algunos de dichos bienes pueden ser obtenidos o fabricados en el mismo campamento o en su entorno. Todo ello forma parte de los suministros básicos que debe recibir el ejército para mantenerse en perfecto estado operativo y asimismo conservar alta la moral de las tropas, con un régimen de vida «civilizado». De esta manera los miembros del ejército pueden establecer vínculos psicológicos y emocionales con su hogar (Morillo, 2006: 35). En última instancia, el suministro y aprovisionamiento de los ejércitos era una realidad bastante heterogénea, siendo cada caso un ejemplo diferente, incluso entre aquellos que son coetáneos (Erdkamp, 1998: 17-18).

Como ya hemos apuntado, a pesar de los avances que se han realizado durante los últimos años (*vid.* Erdkamp, 2010; Naco y Principal, 2011), el periodo republicano es uno de los peor conocidos arqueológicamente desde el punto de vista del avituallamiento militar. El ejército ciudadano republicano, dirigido por generales que aplican su propia idiosincrasia a la dirección de las campañas militares, a menudo más preocupados por la búsqueda del triunfo y del botín fácil y que se enfrentan a los problemas con una visión temporal limitada a su mandato anual, genera lógicamente una mayor temporalidad en todas sus actuaciones (Morillo, 2008a: 74). El correcto aprovisionamiento militar dependía por lo tanto de la capacidad logística de los responsables al mando en cada momento (Morillo, 2020: 28-29). Las fuentes clásicas nos informan que, desde la fase inicial de conquista, el ejército necesitó obtener los recursos sobre el terreno o apropiarse de las reservas almacenadas en los graneros. Esta práctica, conocida como *frumentatio*, es mencionada ya por las fuentes clásicas durante el desarrollo de la guerra iniciada por Catón en el entorno de *Emporion* durante el 195 a. C. Livio menciona que el ejército romano se aprovisionó del trigo cultivado por la población indígena.¹ Este dato nos informa sobre la apropiación del grano almacenado anteriormente por las comunidades locales, bien por la fuerza o en forma de contribución de los aliados. Pero junto al sistema anterior, empleado durante las campañas, las fuentes clásicas informan de que existían «abastecedores», sin duda encargados de hacer llegar el grano, desde Italia u otras provincias, a las tropas destacadas en Hispania (Livio 34.9.11-13). La responsabilidad estaba en manos de los gobernadores provinciales. Una cita bien conocida, nos ilustra como Fonteyo, gobernador de la *Gallia Narbonensis*, era el encargado por el Senado de proveer de grano y otros suministros a las tropas de Metelo y Pompeyo durante la guerra sertoriana (Cic. *Font.* 9.19-20; Middleton, 1983: 79). En un segundo nivel, cuestores y procuradores también debieron tener un importante papel (Erdkamp, 2002: 54), así como los *publicani*, a los que se contrataba mediante *locatio* para conseguir y transportar los suministros, papel último encargado a los comerciantes (Muñiz Coello, 1978; Carreras, 2006: 171).

Pero el sistema en este periodo planteaba situaciones muy complejas de resolver. Las alusiones a las dificultades del suministro de grano a las tropas romanas durante la conquista de la península ibérica son continuas en los textos clásicos (Cadiou, 2008: 545-609). Dicha frecuencia indicaría tal vez los problemas de intendencia y transporte del cereal que planteaba la conquista de las regiones interiores, especialmente las dos Mesetas, alejadas de las vías de comunicación marítimo-fluviales (Carreras, 2006: 170). La escasa ocupación humana de estas regiones generaría unos recursos agrícolas limitados, insuficientes para que el ejército romano se pudiera sostener sobre el terreno, por lo que el abastecimiento exterior se convierte en el único recurso. Las fuentes reflejan cómo el propio Metelo debe buscar víveres en las ciudades cercanas con ocasión del asedio de *Laccobriga*, partidaria de Sertorio (Plut. *Vit. Sert.* 13).

Nuestra información sobre los lugares de almacenamiento del grano y otro tipo de pertrechos para el ejército es aún más reducida. Las fuentes no hacen mención a este tipo de instalaciones, albergadas sin duda en las bases militares invernales como *Tarraco* o *Corduba* (Morillo, 2020: 30). Durante las campañas de César en la Galia se cita la existencia de un almacén público (Caes. *BCiv.* 1.36 y 2.22). Por el contrario, en Hispania, el Dictador relata que el grano se concentraba en determinadas ciudades, entre las que se menciona específicamente *Ilerda* (*BCiv.* 1.78) y *Gades* (*BCiv.* 2.18), antes de

¹ «Catón se detuvo allí [*Emporias*] [...]. Coincidió que era la época del año en la que los hispanos tenían el trigo en las eras; dijo, pues, a los abastecedores que no suministrasen trigo, y los envió a Roma diciendo: «La guerra se autoabastece». Salió de *Emporias* y quemó y devastó los campos del enemigo, haciendo cundir el pánico y la huida de todas partes» (Livio 34.9.11-13).

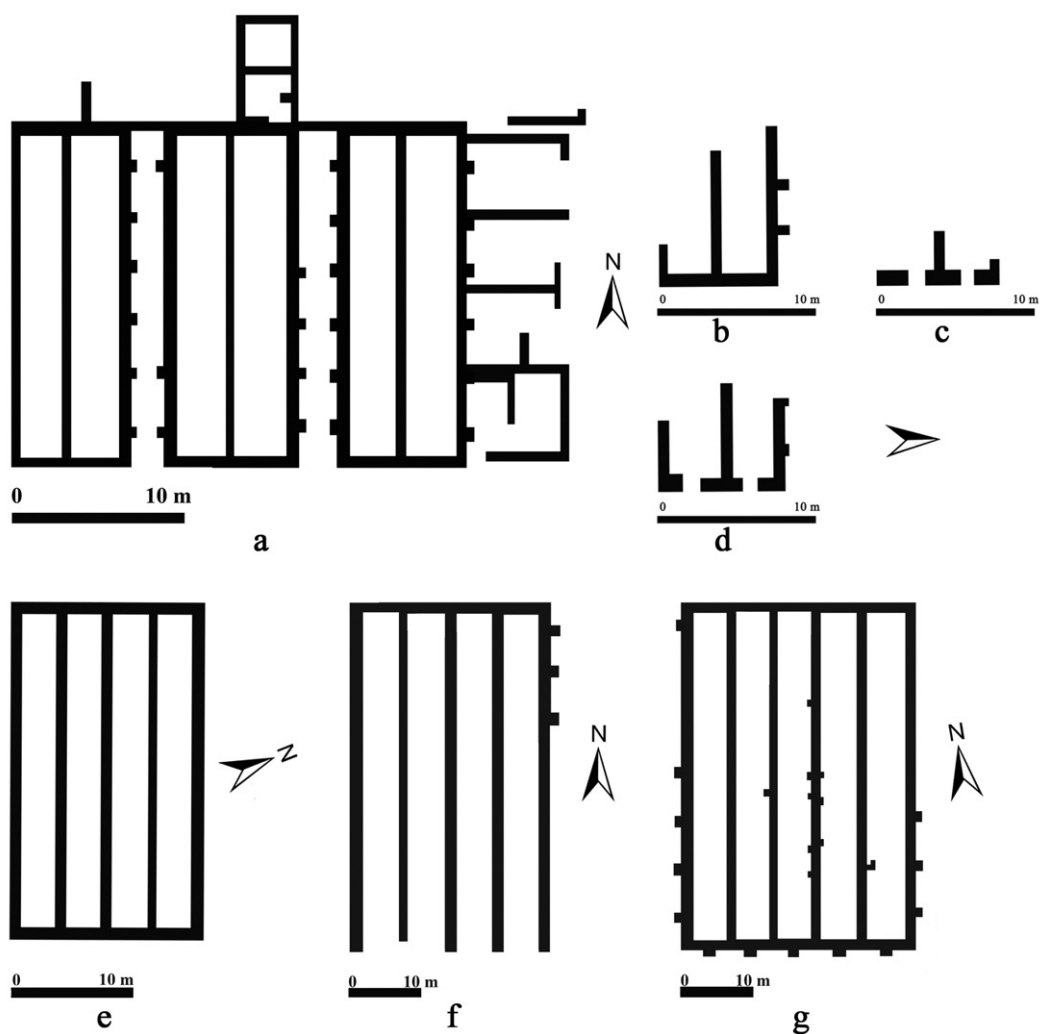


Figura 3. *Horrea* militares durante el periodo republicano en Hispania. Planimetría de los edificios: a) Castillejo III; b) Edificio 1 de Valdevorrón; c) Edificio 2 de Valdevorrón; d) Edificio 3 de Valdevorrón; e) Granero septentrional de Renieblas V; f) Granero oriental de la zona sur de Renieblas V; g) Granero occidental de la zona sur de Renieblas (Morillo y Salido, 2010, Fig. 2).

enviarlo a los campamentos (*BCiv.* 1.40). En dichas ciudades existieron sin duda importantes graneros, pero no podemos considerarlos específicamente militares, aunque pudieron suministrar cereal al ejército, tal vez como impuestos ordinarios o extraordinarios, cuando las necesidades así lo requirieran.

Solamente en Hispania se han conservado restos materiales de graneros militares romanos de época republicana. Estos se localizan en los fuertes de la *circumvallatio* de *Numantia*: Valdevorrón y la tercera fase de Castillejo, que corresponderían precisamente con el asedio y toma final de la ciudad arévaca por parte de Escipión, en el 134-133 a. C., así como en el vecino campamento base de Renieblas V (Luik, 2006; Salido, 2009: 445). Todos ellos parecen seguir el modelo ya bien conocido de época altoimperial, con varias cámaras longitudinales sobreelevadas y adosadas (Morillo y Salido, 2010: 141-144) (figura 3). También se ha reinterpretado como almacén, probablemente un arsenal o *armamentarium* el edificio «E» del denominado *praetorium* de Cáceres el Viejo (Morillo y Salido, 2010: 143; *vid.* capítulo de arquitectura de la presente obra).

A lo largo del siglo I a. C. se produjeron grandes cambios en el sistema de abastecimiento militar. Carreras (2006; 2010a) y Morais (Morais, 2007; Morais y Bernardes, 2011) destacan la figura de L. Cornelio Balbo, encargado de suministrar a Pompeyo y, más tarde, a César los víveres y pertrechos que requerían para sus campañas, lo que le llevó a ser nombrado *praefectus fabrum* por parte del dictador.

No resulta fácil conocer la influencia de Balbo en la reforma del sistema de abastecimiento militar impulsada bajo Augusto. Posiblemente las líneas básicas de la organización de época altoimperial debieron quedar fijadas por Augusto, comenzando por los *procuratores Augusti* (Strab. 3.4.20), que tenían a su cargo el abastecimiento a las tropas estacionadas dentro de su provincia, asignando una cantidad de dinero a cada unidad militar para sus necesidades de acuerdo con el número real de soldados y oficiales, y de los *praefecta castrorum*, responsables del abastecimiento de cada legión. Desaparecidos los publicanos del periodo anterior, los *mercatores* se ocupaban de conseguir las mercancías y hacerlas llegar a sus destinatarios. En los últimos años del gobierno augusteo se crea la *praefectura annonae*, que coordinaba las necesidades y el abastecimiento entre provincias y un sistema de transporte a escala imperial (*vehiculatio*) (Remesal, 1986; Carreras, 2002).

Es muy probable incluso que la primera vez que se puso a prueba el nuevo sistema de avituallamiento militar inaugurado por Augusto fuese durante las guerras cántabras (29-19 a. C.), que sirvieron de ensayo general para muchos aspectos de estrategia militar aplicada por el *princeps* a las fronteras septentrionales (Morillo, 1996: 81). No cabe duda que el esfuerzo logístico de preparación de dichas campañas debió de ser de gran magnitud, ya que suponía desplazar un ejército compuesto de varias decenas de miles de soldados (siete legiones más sus cuerpos auxiliares, aproximadamente unos cincuenta mil hombres) hacia una región aislada, montañosa y sin posibilidad de ser avituallada directamente por vía marítima o fluvial. El abastecimiento sobre el terreno mediante la requisa de productos resultaba muy difícil (Morillo, 2006: 37). Ante la ausencia de material anfórico durante dichas operaciones no podemos sino formular hipótesis, pero lo más lógico es plantear un abastecimiento tanto desde los centros de abastecimiento ubicados en la costa tarraconense, a través del valle del Ebro (Morillo, 2006: 38), como desde la Bética por vía marítima hasta los fondeaderos naturales de las Rías Bajas gallegas o el curso bajo del Miño y del Cávado, siguiendo después por tierra (Morillo y Morais, 2019: 166).² Dichas vías de transporte se optimizarían mediante sacos, odres o toneles, que no se reconocen con facilidad en el registro arqueológico, pero son recipientes menos pesados ante el menor potencial de carga de las barcas que circulaban por los ríos respecto a los navíos marítimos (figura 4).

Una vez establecidos los primeros acantonamientos al pie de la cordillera Cantábrica, era posible una planificación más cuidadosa y un ahorro de costes, buscando rutas de suministro más accesibles o baratas, o desarrollando la fabricación local de aquellos productos manufacturados que lo permitan. Las excavaciones arqueológicas desarrolladas en los campamentos augusteos de Herrera de Pisuergra y León revelan la existencia de producciones locales cerámicas de todo tipo, que van desde *terra sigillata* y lucernas a cerámica común y de paredes finas, además de útiles óseos y metálicos, a los que debieron acompañar posiblemente artículos textiles y de cuero (*vid.* Morillo, 2006: 47, con bibliografía; Morillo, 2008b).

² Aunque en este caso no se trata específicamente de un *horreum* de carácter militar, recientemente se ha descubierto un edificio de este tipo con 6 estancias alineadas, con una anchura de 4,90 m y un área útil de 37,24 m en el yacimiento de Rei Ramiro (Castelo de Gaia, Porto, Portugal), que se pone en relación con el abastecimiento a las tropas desplegadas en el norte peninsular después de las Guerras Cántabras, aunque posiblemente existe una fase coetánea a dicho conflicto (Ramos y Carvalho, 2020: 70-71; Morillo y Morais, 2020: 168).



Figura 4. Relieve en el que se representa el transporte fluvial de toneles, ánforas de fondo plano y recipientes con forro de cestería (Museo de Avignon) (R. Morais).

Los hallazgos de Cáceres el Viejo vienen a relativizar en buena medida el planteamiento historiográfico que acabamos de plantear, que atribuye a Augusto la organización del sistema de avituallamiento tal y como lo conocemos, basado en una combinación entre la importación a media o larga distancia y el autoabastecimiento para ahorrar costes. El campamento de Cáceres el Viejo anticiparía dicha actuación por parte de la administración militar casi sesenta años. Nos permite conocer además un modelo de suministro bastante diferente, tanto en su composición como en su procedencia respecto al anterior y a lo que se conocía hasta el momento.

2. Productos foráneos en la *impedimenta* militar

Un primer conjunto de elementos hallado en el campamento de Cáceres el Viejo corresponde a materiales foráneos. Sin embargo, no son importaciones *strictu sensu*, aunque no podemos descartar que alguno de ellos haya llegado por esta vía. Nos encontramos ante los recipientes, herramientas y elementos de todo tipo que habrían llegado al campamento con la *impedimenta* militar, seguramente en el mismo momento de su fundación o poco después. Formarían parte de las posesiones personales de la tropa y la oficialidad, así como de los ajuares para determinados espacios religiosos y oficiales, además de arsenales, cuyo envío era supervisado por la intendencia dependiente del comandante. Muchas piezas son de una elevada calidad. La mayoría de ellas son metálicas (vajilla, armas y elementos de indumentaria personal como fíbulas y corazas, herramientas e instrumentos, estatuillas, ponderales, moneda), pero no podemos descartar que otros elementos latericios, como las antefijas, formase parte del mismo conjunto (figura 5).



Figura 5. Antefija importada hallada en el campamento (3440).

La vajilla metálica recuperada en Cáceres el Viejo asciende a 58 ejemplares, que engloban 44 recipientes y 14 complementos. Se identifican ánforas, coladores, jarros, vasos, barreños, sítulas y soportes, mientras los elementos complementarios incluyen los *simpula*, cuchillos, varillas de asar y trébedes de cocina. Aunque se incluye en el estudio de la vajilla metálica un «cuchillo de carnicero», hemos de mencionar que no es improbable que se corresponda en realidad a un cuchillo sacrificial de hierro de hoja triangular (*secespita*). La mayoría de los recipientes metálicos y sus complementos evidencia prácticas y costumbres que podemos atribuir al mundo itálico, en este caso de carácter militar. Las ánforas, los coladores, los jarros y los vasos están relacionados con la ingestión de líquidos, a los que quizás se pueda añadir las sítulas. Estos elementos muestran que la oficialidad del campamento mantenía prácticas de comensalidad itálicas. Sin embargo, otros elementos se pueden relacionar con hábitos de ablución o higiene, como es el caso de los barreños. Casi todos son de origen itálico, pero alguno de ellos, como los barreños sencillos, no parece tener precedentes en los conjuntos metropolitanos, por lo que debemos suponerles un origen hispano, posiblemente meridional.

También se conservan elementos rituales procedentes de edificios religiosos o administrativos, como los *simpula* y la vasija de bronce tipo Agde que acompañaba uno de ellos, o el probable cuchillo sacrificial de hierro. Gran parte de estos materiales procede del espacio comúnmente relacionado con el templo, al que se suele asociar piezas muy particulares, como los *tintinabula* o las estatuillas metálicas, destacándose la de Minerva por su alto valor simbólico (figura 6).

Por su parte, el estudio del armamento ha revelado un conjunto cuantitativamente inferior a lo que sería esperable, algo que indicaría claramente un abandono pacífico y programado del recinto. Esta misma situación podría justificar la ausencia de algunos elementos de protección personal, como corazas o escudos. Asimismo, se ha registrado una utilización masiva de elementos de hierro, que representan más de la mitad del conjunto de las armas. El conjunto incluye la presencia de armamento defensivo, entre los que destacan los yelmos, de armas ofensivas de cintura (falcata, vainas de espada, dagas), armas ofensivas arrojadas (*pila*, lanzas, jabalinas,



Figura 6. Estatuilla de Minerva recuperada en las intervenciones de Schulten en Cáceres el Viejo (3412).

regatones), proyectiles de artillería (balas de honda, de *cheiroballistra*, *pila catapultaria*), además de elementos que podían tener funciones diversas, pero que asimismo se podían utilizar como arma, como es el caso de la *dolabra*.

Aunque la mayoría de los restos de *militaria* delata la presencia de militares itálicos, este ejército integraba asimismo tropas de raigambre seguramente hispana, como demuestra la presencia de la falcata de clara tradición ibera, moharras de lanza, una daga clasificada como proto-bidiscoidal o las vainas de espada de tipo La Tène, además de espuelas. Dejando al margen la cuestión de la identidad, no cabe duda que estamos ante tropas mixtas, itálicas e hispanas, que han traído su propio armamento. De las labores de limpieza y mantenimiento de las armas hablan también las frecuentes piedras de desgastar, pulir y afilar. En este contexto debemos mencionar asimismo la tésera de hospitalidad y una plomada.

Parecidas conclusiones podemos obtener sobre el conjunto de fibulas de Cáceres el Viejo (96 ejemplares, 82 fibulas y 14 fragmentos de agujas y resortes), fabricadas mayoritariamente en una aleación de cobre, probablemente de bronce, aunque un número reducido de ellas es de hierro. En el conjunto resaltan claramente elementos de tradición itálica e hispánica, de origen indígena. El análisis de la dispersión de ambos parece dibujar una convivencia clara de unos y de otros en el campamento, sin que se note una diferenciación en áreas concretas. De nuevo en este caso estamos ante piezas que han llegado al campamento como parte de la indumentaria personal de los soldados y de la oficialidad.

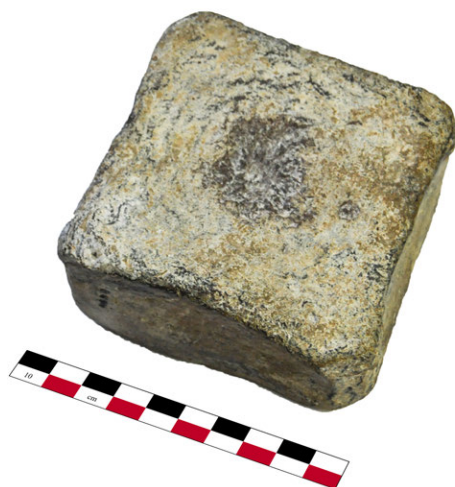


Figura 7. Ponderal recuperado en las intervenciones de Schulten en Cáceres el Viejo (3404).

Los artefactos metálicos utilitarios corresponden a un grupo bastante vasto que no siempre permite su clasificación. Fabricados mayoritariamente en hierro, aunque también en una aleación de cobre y plomo, se detectan complementos de artilugios de madera, utilitarios, domésticos, de seguridad, herramientas destinadas a la producción metalúrgica, agroforestales, de carpintería y textil, instrumental médico-quirúrgico, elementos de adorno y uso personal, de iluminación, religiosos, etc. Todos ellos permiten constatar una amplia gama de actividades que se desarrollaron en el campamento. Destaca la existencia de un extenso conjunto de herramientas para artesanos especializados en trabajar los metales y la madera. Su aplicabilidad en la vida cotidiana militar era muy diversa (construcción, maquinaria de guerra, armamento, producción, acopio de combustible, entre otros) y exigía la presencia de múltiples operarios especializados.

Es interesante, además, constatar que en el campamento se ha recuperado un nutrido grupo de mecanismos de seguridad, sobre todo de llaves y trancas, que serían empleados en variados contextos. Asimismo, alguno de ellos se ha aplicado probablemente en las diversas construcciones internas del recinto militar. Tampoco se puede ignorar la presencia de lingotes, tanto de hierro como de plomo. Por su morfología no parecen importados, sino fabricados con una tecnología muy sencilla, tal vez empleando recursos metalíferos regionales, puesto que la zona presenta un gran potencial de estos recursos.

En este sentido resulta también importante destacar el conjunto de herramientas y elementos metálicos relacionables con actividades metalúrgicas, tanto de fabricación como de producción. Aunque no podemos aseverar con total certeza que ahí se fabricaran armas, herramientas o simples complementos de construcción, lo cierto es que la presencia de lingotes permite considerar dicha posibilidad.

Cáceres el Viejo ha proporcionado una gran cantidad de monedas, que llegaron al campamento en manos de sus ocupantes. Entre todas las series y cecas documentadas se evidencia un claro predominio de la moneda hispánica, más de doscientos ejemplares, destacando cecas como *Corduba*, frente a los ejemplares romanorrepblicanos, algo más de cien, entre los que se encuentran los únicos ejemplos de moneda de plata. La composición del conjunto parece demostrar una circulación fluida, principalmente de la moneda de bronce, unidades y fracciones para las

transacciones. El hallazgo de monedas de las cecas de la Citerior es similar a otros yacimientos de la región, una presencia constante pero no muy abundante, si bien echamos en falta el numerario de *Bolskan* y, sobre todo, de denarios celtibéricos.

Gran interés reviste asimismo la presencia de ponderales y contrapesos (figura 7). En efecto, el estudio correspondiente ha permitido identificar al menos una docena de juegos de pesas, que acreditan una notable actividad comercial. Su dispersión se concentra particularmente en la zona central del campamento, lo que está en concordancia con el análisis de los edificios internos y la presencia del *forum* en esa zona, delimitado por estancias religiosas, comerciales y artesanales.

La gama de pesas identificada permite también averiguar que los productos manejados tendrían distintas dimensiones, ya que están presentes en proporciones similares tanto ponderales para pequeños múltiplos, como para medianos y grandes. Además, esto mismo se puede poner de manifiesto con la presencia y utilización de los dos tipos de balanzas conocidas: la *statera* y la *libra*. Aunque una era más precisa que la otra, tampoco se puede descartar que se utilizaran para el pesaje de distintos productos, quizás unos más pesados o voluminosos que otros. En este sentido, la *statera* era una balanza más robusta que permitía la suspensión directa del producto en caso de que fuera necesario.

Del conjunto se ha destacado la presencia de las pesas de serpentinita, que son piezas muy bien elaboradas y de pesos considerables. Ponderales que alcanzan un valor de 50 *librae* son poco usuales, habiéndose recuperado todos ellos junto al templo descrito por Schulten, por lo que, dadas sus características, así como el contexto del hallazgo, podrían ser considerados más bien un patrón de referencia para transacciones de cierto volumen, quizás relacionadas con el propio abastecimiento del campamento. Su estudio ha permitido valorar la existencia de una posible *officina ponderaria* en ámbito militar o bien un aula de *mensores* que garantizara desde un punto de vista administrativo que el abastecimiento y comercialización de bienes se desarrollaba dentro de unos parámetros metrológicos controlados.

En el conjunto de ponderales del campamento se ha identificado igualmente la presencia de piezas que formaron parte de un juego de pesas de patrón fenicio, sistema metrológico que tuvo un fuerte arraigo en la zona meridional y occidental de Hispania, lo que podría considerarse un indicio de la integración y convivencia de población hispana en el ejército romano durante esta etapa del siglo I a. C.

Los abundantes instrumentos ponderales recuperados parecen indicar que las mediciones necesarias, en relación con la producción y/o comercialización de productos, especialmente los de tipo metalúrgico, se llevaron a cabo de forma habitual en el establecimiento militar de Cáceres el Viejo, tanto para realizar comprobaciones de forma oficial como en ámbito particular. Estamos ante el testimonio más temprano del desarrollo de este tipo actividades en un recinto campamental republicano, que pone de manifiesto cómo, al menos desde este momento, dichos materiales van a formar parte del equipamiento legionario.

3. Los productos de importación: procedencia y rutas de abastecimiento

Cómo comentábamos más arriba, uno de los principales problemas a la hora de intentar reconstituir el panorama de consumo de productos en los campamentos es el de la parcialidad del registro arqueológico. Esta observación es perfectamente aplicable al caso de Cáceres el Viejo. Hasta hora

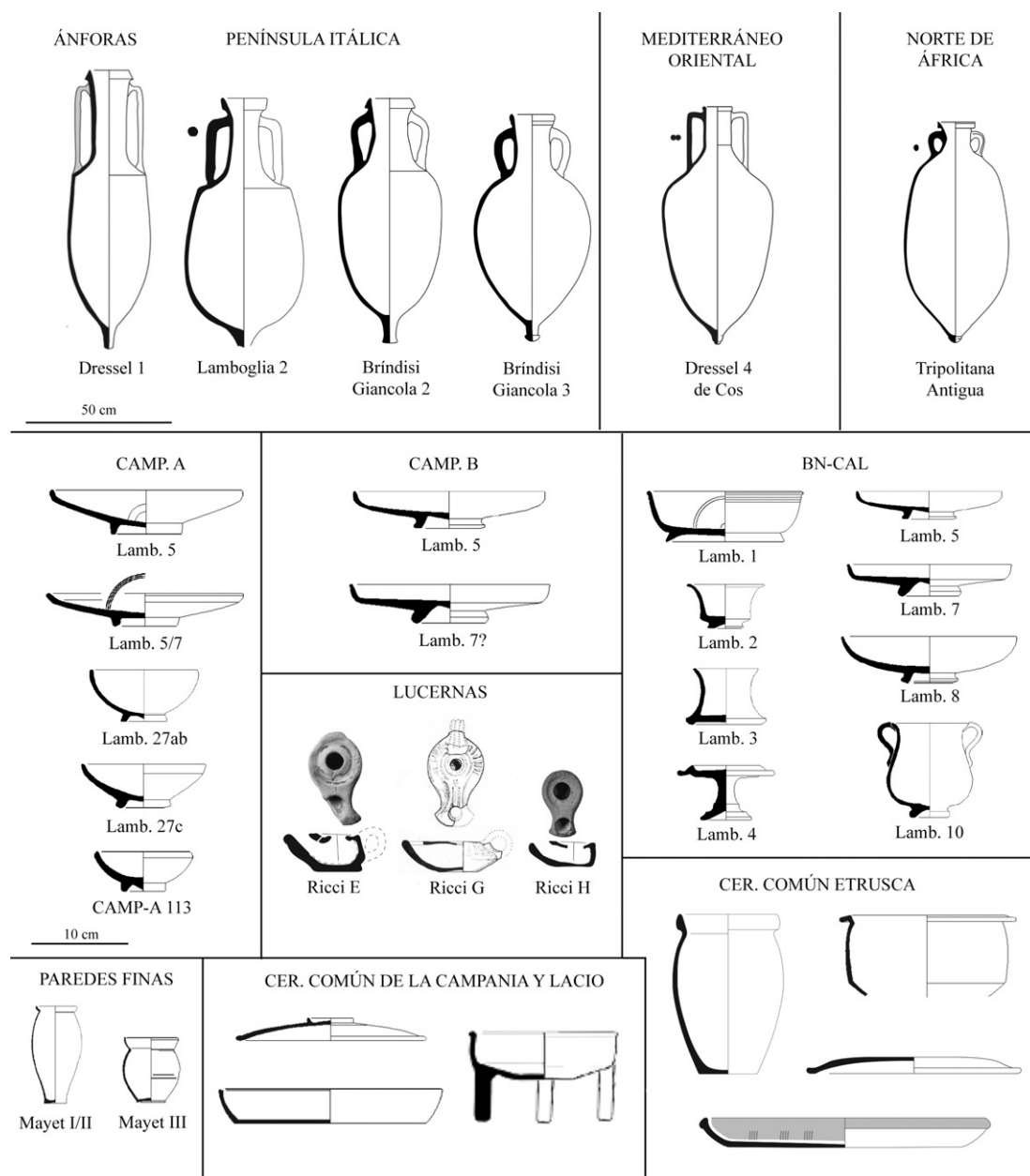


Figura 8. Importaciones extrapeninsulares en el campamento de Cáceres el Viejo.

contábamos con un conocimiento muy incompleto de los productos importados, a lo que se añade asimismo la falta de contextos cronoestratigráficos bien definidos.

Aunque en el campamento no se conservan evidencias de almacenes para grano o *granaria*, no faltan testimonios de consumo de cereal, base de la dieta militar, como lo demuestran los abundantes restos de molinos rotatorios de piedra. Desgraciadamente no se conserva la mayor parte de estas piezas, ya que eran desechadas sistemáticamente por parte de Schulten (Ulbert, 1984: 128). Su concentración en los edificios VI, al norte de la *via quintana*, y X, en el lateral oriental del foro, confirma el carácter artesanal de dichas zonas (Ulbert, 1984: 46), lo que implicaría

en este caso la localización de posibles ámbitos destinados a la molienda y elaboración de harina. Algunos se encontraron rotos, reutilizados como material constructivo en los muros del *praetorium*, indicativo de su empleo reiterado hasta su amortización.

Respecto al resto de productos alimenticios de primera necesidad, también parte integrante de la dieta militar, los testimonios derivan exclusivamente de la presencia de envases anfóricos, que confirman la llegada de vino, aceite y productos haliéuticos. El vino y sus derivados fue la sustancia más transportada hacia el campamento en estos contenedores, mientras el aceite y los productos piscícolas presentan cantidades semejantes, pero mucho menores al vino. Tal y como suele ser habitual en los contextos tardorrepúblicanos, existe una considerable variedad formal, a través de la cual se puede seguir la procedencia de los productos y comprobar la variedad de fuentes de aprovisionamiento. La península itálica se revela como el principal mercado abastecedor (figura 8). Se detectan producciones vinarias de las regiones tirrénicas (envases Dressel 1). Pero también aparecen producciones adriáticas, tanto de vino (ánforas Lamboglia 2 y Giancola 2) como de aceite (ánforas de Brindisi). De forma muy puntual se detecta tanto vino del Egeo (envases Dressel 4 de Cos), como aceite norteafricano (forma Tripolitana Antigua). El panorama del abastecimiento se completa con las producciones salazoneras hispánicas del litoral bético (ánforas Greco-Itálica evolucionada, Dressel 1 hispánica y Mañá C2b, T-8.2.1.1. o T-9.1.1.1.), en particular del área gaditana. Ya hemos subrayado que este panorama está, seguramente, muy incompleto, ya que otros contenedores hechos con materias perecederas, como el cuero, se utilizaron sin duda para el transporte de estos mismos productos hacia un asentamiento interior como Cáceres el Viejo, aunque evidentemente no se hayan conservado.

La importación de otros productos manufacturados se constata también en los materiales conservados del campamento, en particular cerámica de mesa, lucernas, cerámica de paredes finas, cerámica común y engobada, ungüentarios, además de algunos elementos singulares.

Por lo que se refiere a la cerámica romana de barniz negro, las producciones importadas suponen el 55% mientras el resto son producciones de imitación (Cerámicas de Imitación Bruñidas o CIB). En cuanto a las foráneas, la inmensa mayoría del servicio está compuesto por las producciones calenas (Campaniense B), de las que poseemos un amplio repertorio formal (platos Lamb. 5 o 7, copas Lamb. 2-3, tazas Lamb. 1 y 8, soportes Lamb. 4) y que representa aproximadamente el 50% del conjunto y casi el 90% de las importadas. Se detecta asimismo Campaniense B de la zona etrusca (platos), pero también en proporciones más reducidas (menos del 2% del conjunto), como corresponde a la cerámica de mesa de mayor calidad, restringida a los cuadros medios del escalafón militar. La Campaniense A de talleres napolitanos resulta más escasa, no llegando al 5% del conjunto y aproximadamente el 10% de las producciones itálicas (formas de plantos Lamb. 5 y Lamb. 5/7).

Por lo que se refiere a las lucernas, tan solo una cuarta parte fue importada, mientras el resto fue fabricado localmente. Casi todas las de origen exógeno proceden de talleres centroitálicos, estando presentes las formas Ricci E, Ricci G y Ricci H o tipo Cilíndrico del Esquilino. Solo en algún caso podríamos tal vez hablar de una fabricación peninsular del área gaditana, del tipo Ricci E, además de un ejemplar posiblemente de los talleres de *Corduba*.

Las producciones importadas de cerámica romana de paredes finas están representadas por vasos itálicos del tipo Mayet II y tal vez Mayet III. La presencia de desgrasantes volcánicos en las pastas sugiere que alguno de ellos podría ser campano o lacial. Con la misma procedencia itálica también se detectan algunos ungüentarios de los tipos B y C de Py.

La amplitud de la muestra de cerámica común recogida ofrece mucha más información sobre la procedencia y su peso porcentual. Están presentes productos puntualmente importados desde la península itálica (9 NFR), pero destaca sobremanera los procedentes de la provincia Ulterior (284 NFR de las zonas litorales y 26 NFR del valle del Guadalquivir). Los productos itálicos tienen su origen tanto del área de Lacio y Campania, como en los talleres de Etruria. Solo un opérculo nos informa de la llegada de cerámicas de la costa del Adriático, algo que es frecuente en el registro arqueológico de esta categoría cerámica. El lote de cerámica itálica del campamento es muy reducido y se limita a producciones de cocina muy concretas y características de la dieta militar, para confeccionar las *patinae* o los asados, lo que parece indicar que estos recipientes estaban reservados principalmente para los militares de alto rango o los cuadros medios de la legión.

Las *patinae* realizadas en cerámica de engobe interior rojo-pompeyano, forma Luni 1, fabricadas en pasta granítica, se corresponden con las producciones más tempranas de esta familia, cuyo origen debe localizarse en la Etruria septentrional (Aguarod, 2022: 323). La distribución en la península ibérica de esta producción se constata repetidamente, formando parte de los ajuares domésticos de los contextos de destrucción de época sertoniana en los yacimientos de La Caridad de Caminreal, La Cabañeta del Burgo de Ebro, *Valentia*, *Libisosa* y *Azaila* además del fortín del Tossal de la Cala (Aguarod, 2022: 325-326).

Los ejemplares importados desde la Bética presentan una variedad de formas bastante más heterogénea (figura 9). La vajilla destinada a la cocina es más limitada, mientras que las formas destinadas a la preparación y almacenamiento, o las de mesa, son más frecuentes. En el primer grupo de cerámicas se pudo documentar que alguna de las formas emula prototipos itálicos, destacándose una cazuela trípode y una olla forma Vegas 2, junto a cazuelas de borde horizontal y fuentes. Otros recipientes remiten claramente a prototipos de tradición fenicio-púnica, representado por cazuelas y *catini*. De las producciones meridionales son abundantes las formas de los servicios de mesa, aunque asimismo se pudieran utilizar en la preparación. Sería el caso de los cuencos de perfil semiesférico y platos que imitan las formas 1312b de Morel y la Lamboglia 7 de la cerámica de barniz negro. También se detectan morteros de los talleres del Bajo Guadalquivir y de la costa de Málaga, cuya utilización era esencial para la gastronomía romana. Para contener y servir líquidos se documentan jarras / botellas de morfología diversa, pero en menor cantidad comparativamente a los recipientes de almacenaje, tinajas y *dolia*, contenedores que eran indispensables para mantener reservas de alimentos. Algunas producciones de cerámica engobada del área gaditana alcanzan asimismo el campamento.

Entre los elementos singulares debemos mencionar una antefija con cabeza de ménade importada de Italia, cuya pasta recuerda las producciones anfóricas del ámbito adriático.

Una visión de conjunto de las producciones importadas nos muestra que tanto los productos de primera necesidad para la alimentación de la tropa y oficialidad, como de los recipientes manufacturados para mesa y cocina que debieron acompañar a los anteriores como cargamento secundario, muestran procedencias coincidentes, como resulta habitual. La península itálica, en particular el área tirrénica (Lacio y Campania), pero también la zona del litoral Adriático y, en menor medida, Etruria, son las principales regiones suministradoras, monopolizando las importaciones de vino, cerámica fina de mesa y otros productos de cierta calidad o con funcionalidad muy concreta dentro del modo de vida romano. Producciones muy específicas llegan puntualmente del Egeo (vino medicinal de Cos) y del norte de África (aceite tripolitano).

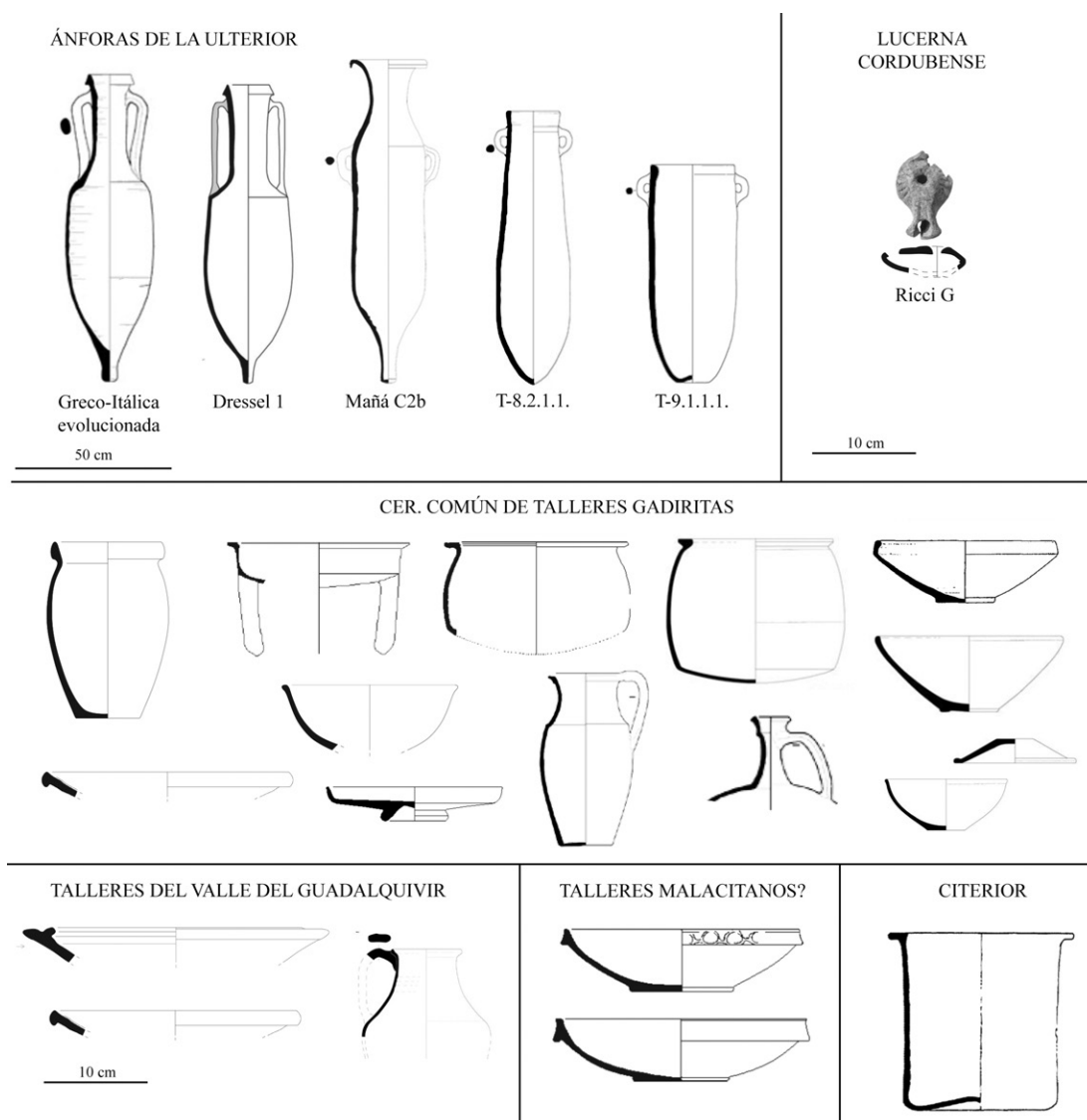


Figura 9. Importaciones peninsulares en el campamento de Cáceres el Viejo.

La Bética, principalmente la zona costera meridional, se convierte en la segunda fuente de suministro de las tropas establecidas en Cáceres el Viejo. La mayoría de las producciones de conservas de pescado proceden del litoral gaditano, aunque también se detectan de la costa de Málaga. Estos productos se ven acompañados por recipientes en cerámica común, como morteros y otros para preparación, almacenamiento y servicio de los alimentos, fabricados también siguiendo el gusto y las necesidades de la cocina itálica. En definitiva, un patrón de suministro muy semejante al de otros contextos meridionales hispanos tardorrepúblicos. Sin embargo, se detectan algunas diferencias. Por una parte, las producciones del valle del Guadalquivir son sorprendentemente escasas. Los recipientes propios de la tradición púnica, tanto de transporte como de mesa y cocina, muy abundantes en la Ulterior, están prácticamente ausentes del campamento, lo que nos indica claramente una adaptación de las importaciones a los patrones de la

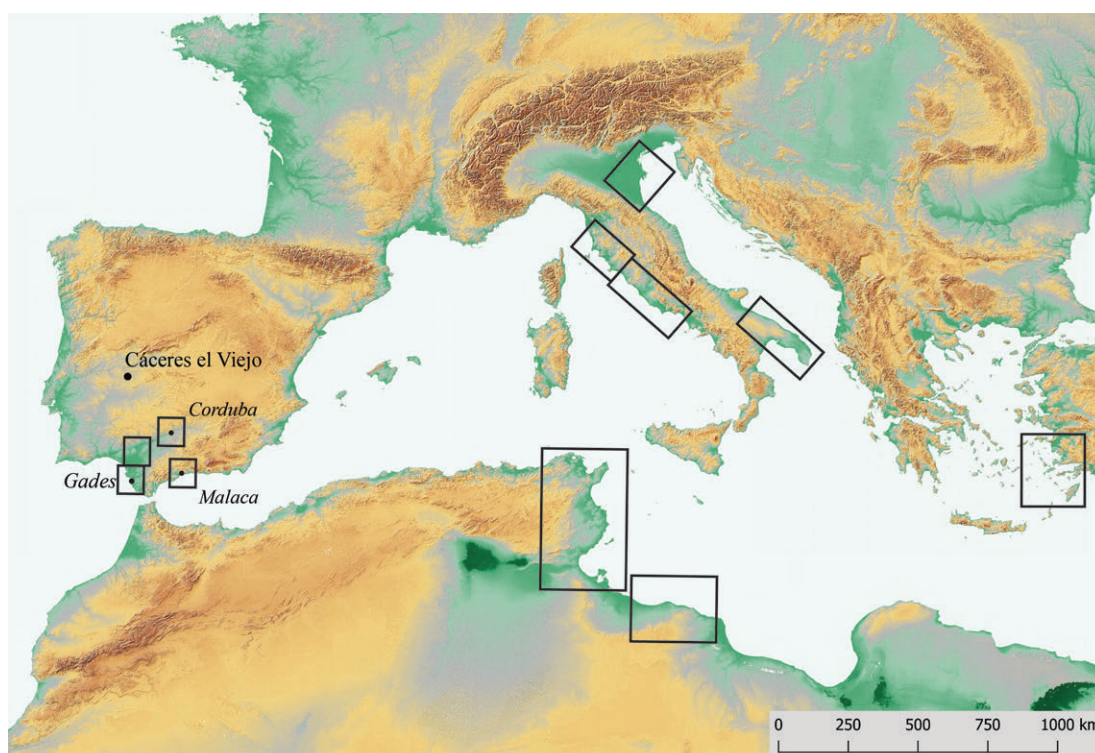


Figura 10. Zonas de procedencia de los productos importados en el campamento de Cáceres el Viejo (Mapa base de los servicios de Cartografía de la UAM, adaptado por C. Pereira).

comensalidad romana. La fuerte presencia de productos importados itálicos nos indica también que existe un mayor acceso a dichos productos y a las rutas de abastecimiento. Esto caracteriza sin duda a un contingente militar de población itálica o con hábitos alimenticios de este origen, como son los miembros del ejército romano.

Aunque alguna vez se ha sugerido *Olisipo* (Lisboa) como el centro logístico de suministro de Cáceres en Viejo (García Vargas, 2008: 96), la presencia de tropas fieles a Sertorio controlando la ribera norte del Tajo entre el 80 y el 72 a. C., extendiendo puntualmente su influencia en zonas al otro lado de este río, hace difícil pensar en un abastecimiento desde el estuario del Tajo. Los suministros de Italia, Tripolitania y el Oriente con destino al sostenimiento del ejército romano destacado en la línea del Tajo, llegarían a los puertos del sur de la Península, siguiendo rutas más o menos segmentadas, recurriendo distintos puertos en los que se trasladaba la mercancía. Dichas rutas serían las antecesoras de las conocidas rutas *annonarias* imperiales que unían a los principales puertos, siguiendo un eje que conectaba los puertos de *Ostia / Puteoli* con los de *Gades / Hispalis*, cruzando el Estrecho de Bonifacio entre las islas de Córcega y Cerdeña y pasando por *Ebussus* (Ibiza). Este estaba a cargo de las elites y de destacados comerciantes (*negotiatores, mercatores, navicularii y diffusores*), que cumplían la múltiple finalidad de suministrar a los grupos itálicos que se habían fijado en la Península por cuestiones político-económicas y a los ejércitos estratégicamente establecidos, además de a la población de los territorios recién conquistados, que paulatinamente adoptaba los hábitos y costumbres romanas. En este caso es posible que parte del suministro militar haya obedecido a contratos semejantes a los ulteriormente conocidos como *locatio-conductio* imperiales para el transporte marítimo de mercancías

(Mataix Ferrándiz, 2020: 787-820). Estos serían establecidos con las entidades responsables por el abastecimiento a los ejércitos. Aunque no tengamos testimonios sobre los responsables por estos contratos para momentos tardorrepublicanos, es posible que se firmaran con las *societates publicanorum*.

Llegados a la costa sur peninsular, los productos importados eran descargados en los puertos marítimos principales, asumiéndose *Gades* como el destino más probable (Morais, 2007: 99-132). La fuerte presencia de productos del litoral gaditano junto con los foráneos en los registros del campamento de Cáceres el Viejo así parece confirmarlo. Aunque tampoco debemos descartar el concurso de otros puertos, como es el caso del de Málaga, de donde proceden algunos productos (figura 10).

Desde *Gades*, puerto de ruptura de carga, ya en combinación con las producciones regionales, las vituallas se dirigirían hacia las tierras interiores de la frontera de la Ulterior siguiendo un recorrido fluvial en la medida de lo posible, posiblemente remontando el *Baetis*, aunque no podemos descartar otros recorridos. Los problemas que plantea el transporte por vía terrestre de materiales cerámicos de todo tipo, derivados del peso del propio recipiente y su elevado índice de rotura, nos lleva a considerar el empleo preferente de rutas marítimo-fluviales siempre que fuera posible, reduciendo al mínimo necesario el trayecto por tierra en carros o bestias de carga, después de transvasar el producto. Aunque sin duda otros envases como odres y barriles, más livianos y dúctiles, resultaban mucho más fáciles de transportar por rutas terrestres.

En la Antigüedad la conexión entre la bahía de Cádiz y el Guadalquivir podría ser realizada por varios canales a través del *lacus Ligustinus* (Parodí Álvarez, 2001: 165). Este es un trazado de larga tradición en esta región, desde por lo menos el siglo VII a. C., bien documentado por los hallazgos mediterráneos a lo largo del río durante el período orientalizante, lo que ha permitido vincular el interior del Guadalquivir con el área de la costa gaditana (Millán León, 1998: 62-67). Estrabón (3.2.3) menciona que el Guadalquivir (*Baetis*) era navegable por embarcaciones de gran calado a lo largo de quinientos estadios, desde su desembocadura hasta *Hispalis*. Este itinerario aprovecharía la subida de las mareas hasta la altura de *Ilipa Magna* (actual Alcalá del Río), haciéndose valer de las técnicas de acarreo o sirga que seguramente eran frecuentes sobre todo en los meses estivales, con el caudal del río bajo. Esta técnica está bien documentada en el Guadalquivir durante la Antigüedad (Chic García, 1984: 37) y exigía la existencia de caminos de sirga apropiados al efecto (*pedestro iter*), además de un equipo de braceros (*helciaríi*) implicados en estas tareas (Parodí Álvarez, 2001: 25).

De *Hispalis* a *Corduba* se podría recurrir a embarcaciones de menor calado (*rates silve rata-ria*) en los trayectos más difíciles y que se maniobraban con la ayuda de remos o de una vela. La dimensión y técnicas de impulsión utilizadas variaban mediante la carga y la ruta, motivo por el que tampoco se puede descartar la utilización de gabarras para auxiliar el itinerario de los productos. Sin embargo, Estrabón señala también la utilización de un tipo de embarcación más pequeño (*scaphae*) en el Guadalquivir, que se operaba con remos. Tenían casco redondeado para la navegación en el interior y eran particularmente usadas en zonas donde no era practicable la navegación en embarcaciones de mayor calado. En este ámbito, hemos de mencionar el hallazgo de cuatro inscripciones del siglo II d. C., en Sevilla, que nos hablan de los *schapharii* (Parodí Álvarez, 2001: 32 y 34, n.º 83). Además de que auxiliaban la navegación a las flotas de mayor dimensión, las *scaphae* eran asimismo utilizadas en ambientes militares como escuadras de escolta por presentar ventajas en relación con su solidez y maniobrabilidad. Otra inscripción recuperada en Sevilla

Menciona el uso de otro tipo de barca, los lintres (o *lyntres*), utilizadas en *Ilipa Magna*. Se trata de embarcaciones de menor dimensión, de fondo redondeado, que se utilizaba para el transporte de personas y de mercancías en zonas donde no podían circular las de mayor calado (Chic García, 1997: 67; Parodí Álvarez, 2001: 30).

Este recorrido fluvial de los productos importados permitía que se ahorraran más de cien kilómetros de trazado por tierra hasta llegar a *Corduba*, la capital de la Ulterior. Poco después de *Corduba*, aguas arriba, el Guadalquivir dejaba de ser navegable.

El traslado desde *Hispalis* por vía terrestre hacia Cáceres el Viejo siguiendo la antigua ruta de la Plata, cuyo empleo ya está testimoniado desde la Protohistoria (Berrocal, 2004b), plantearía un esfuerzo mucho mayor. En este sentido, recordamos que el coste del transporte terrestre era, de por media en cada milla, once veces superior que por vía fluvial. Por otra parte, un elemento interesante a tener en cuenta es cómo las facies de barniz negro de la Baja Andalucía se apartan completamente de las de Cáceres el Viejo, tanto en cerámica de mesa, como en lucernas (*vid.* capítulos correspondientes de esta monografía). Por otra parte, no debemos olvidar que dicha ruta terrestre, al igual que la que remontaba el *Tagus* desde su desembocadura, se encontraba peligrosamente expuesta a las incursiones sertorianas desde sus bases en la ribera septentrional de dicho río.

La presencia de productos del entorno de Málaga también podría apuntar a la llegada a *Corduba* de algunos productos a través de la antigua ruta que comunicaba Cástulo y la cuenca minera cordobesa con *Malaca* (Sillières, 1990: 401-412-420), que pudo emplearse para drenar mineral hacia la costa. Dicha ruta terrestre ascendía desde la costa hasta *Anticaria* (Antequera) y proseguía hasta los alrededores de Monturque, donde se bifurcaba en dos ramales, uno en dirección a Córdoba y otro hacia Cástulo y el Alto Guadalquivir. La utilización de dicha ruta en ambas direcciones durante la época tardorrepública se encuentra muy bien testimoniada a través de los hallazgos numismáticos. El numerario de *Castulo* y *Obulco* es muy abundante a lo largo de esta ruta y en la costa malacitana, mientras las acuñaciones de *Malaca* ascienden por la cuenca del Guadalhorce y son muy abundantes en las cercanías de Cástulo (Mora Serrano, 2001: 429-431; Mora Serrano y Pérez Plaza, 2017). Desde el punto de vista arqueológico, la similitud entre los registros anfóricos de la calle Beatas de Málaga, el sector de La Puerta del Puente de Córdoba y el yacimiento de Loba (Fuenteovejuna) se ha señalado como una de las principales evidencias arqueológicas sobre el papel de centro redistribuidor de la antigua *Malaca* hacia el interior y el importante papel rector de *Corduba* respecto a los cotos mineros de Sierra Morena occidental (Mateo Corredor, 2016: 381-383). Un ramal alternativo que pudo emplearse es el propio curso del *Singilis* (Genil), según Plinio (*NH* 3.10) navegable desde *Astigi* (Écija).

En este punto debemos realzar el importante papel que se va perfilando en este periodo tardorrepúblicano para las campañas cordobesas y jienenses de cara al abastecimiento de cereal, aunque la constatación arqueológica de la producción, almacenamiento y distribución es muy difícil, tanto en origen como en destino. En el entorno de *Obulco* (Porcuna) se documentan numerosos silos de almacenamiento (Lacort Navarro, 1985; Arteaga *et al.*, 1989: 266; Chic García, 1997: 59, n.º 188). El reciente hallazgo en el Cerro de La Atalaya de Lahiguera (Jaén), muy cerca de la antigua *Obulco*, de un almacén para tostar y moler trigo para fabricar harina, que al parecer era envasada posteriormente en grandes ánforas de más de 90 kg de peso del tipo Pellicer D (= Alta Andalucía F3), así como de aceite, ambas producciones claramente foráneas, viene a ilustrar sobre la existencia de almacenes logísticos ya durante la primera mitad del siglo I a. C. ubicados

en puntos estratégicos (Barba *et al.*, 2015). No cabe duda que debemos vincular su existencia a un abastecimiento controlado y centralizado por parte del propio Estado romano, orientado al suministro al por mayor hacia determinados grupos de población, entre los que el ejército se perfila como una de las posibilidades más factibles. Esta realidad se pone de manifiesto con la propia producción de cereales en esta región andaluza y que tuvo una importancia crucial en el suministro a los ejércitos en campaña y a los campamentos estables, en un momento que antecede a la reconversión de las actividades agrícolas béticas para reorientarlas a la producción olearia y vitivinícola, sobre todo a partir de César y Augusto.

Llegados a Córdoba, los géneros seguirían un itinerario terrestre, utilizando para ello las vías que conducían a los distritos mineros (García Romero, 2001). Los productos continuarían su viaje a lomos de animales de tiro, pero también en carros de carga, algunos de los cuales podrían constituir auténticos carros cisterna (Marlière, 2019: 74-75). Las grandes semejanzas entre el registro anfórico de Cáceres el Viejo, que podemos hacer extensible a otros recipientes de mesa y cocina, con el de asentamientos mineros como La Loba (Benquet y Olmer, 2002), nos ilustra que la población itálica establecida en lugares de diferente naturaleza (mineros y militares) compartían sin duda fuentes de aprovisionamiento y rutas de distribución, lo que apunta a *Corduba* como el centro logístico encargado del suministro de los establecimientos romanos al norte del Guadalquivir.

Además de los distritos mineros, que de por sí ya debían requerir cierta presencia militar, estos itinerarios deberían estar bastante controlados por cuerpos y guarniciones de tropas y, a la vez, apoyados por recintos fortificados que garantizaran el control y seguridad de los convoyes. Sin duda una de las vías que cuenta con mayores probabilidades de ser empleada es la *Corduba-Mellaria* (Daza, 1998), que se proyecta hacia el norte atravesando Sierra Morena por el valle de Los Pedroches y siguiendo posiblemente la línea que forma el río Guadiato, en cuya cabecera recientemente se están realizando labores de investigación en torno al interesante yacimiento de Sierra Boyera (Cristo Roperio y González Zambrano, 2020). Este lugar parece articular todo el territorio para acceder al siguiente en el camino al norte, la comarca de la Serena, cuya comunicación con el valle del Guadalquivir está marcada por esta vía (Mayoral, 2018: 308). Es muy probable que parte de la importancia y de la actividad de esta ruta esté en relación directa con la minería y los numerosos poblados existentes en el valle de Peñarroya (García Romero, 2001), actividad que jugaría un importante papel en el territorio extremeño meridional durante los siglos II y I a. C. (Heras Mora, 2018; Mayoral, 2018). No hay que olvidar la expansión hacia el norte del *ager Cordubensis*, que se extiende hasta alcanzar la Meseta. Por ejemplo, sabemos que *Sisapo* (La Bienvenida, Ciudad Real) pertenece a este *ager*, lo que indica la fuerte tendencia del control minero de *Corduba*.

La ruta *Corduba-Mellaria* está funcionando a pleno rendimiento en este momento basándonos, una vez más, en el panorama de las producciones anfóricas y de barniz negro (Pedroni 700), que están presentes también en La Loba, quizá precisamente por el papel importante que jugaba este recorrido en la gestión y explotación de la minería metálica. Los estudios de Mayoral en torno a la comarca de la Serena sugieren que esta ruta de comunicación, formada por el río Guadiato, estaba en pleno funcionamiento entre los siglos II y I a. C. (Mayoral, 2018).

Finalmente, el salto del Guadiana se realizaría a través de Medellín (*Metellinum*), fundada sin duda en este momento sertoriano por parte del gobernador de la Ulterior, que articulará el territorio regional antes de la fundación de *Emerita Augusta* (Heras Mora *et al.*, 2014) (figura 11).

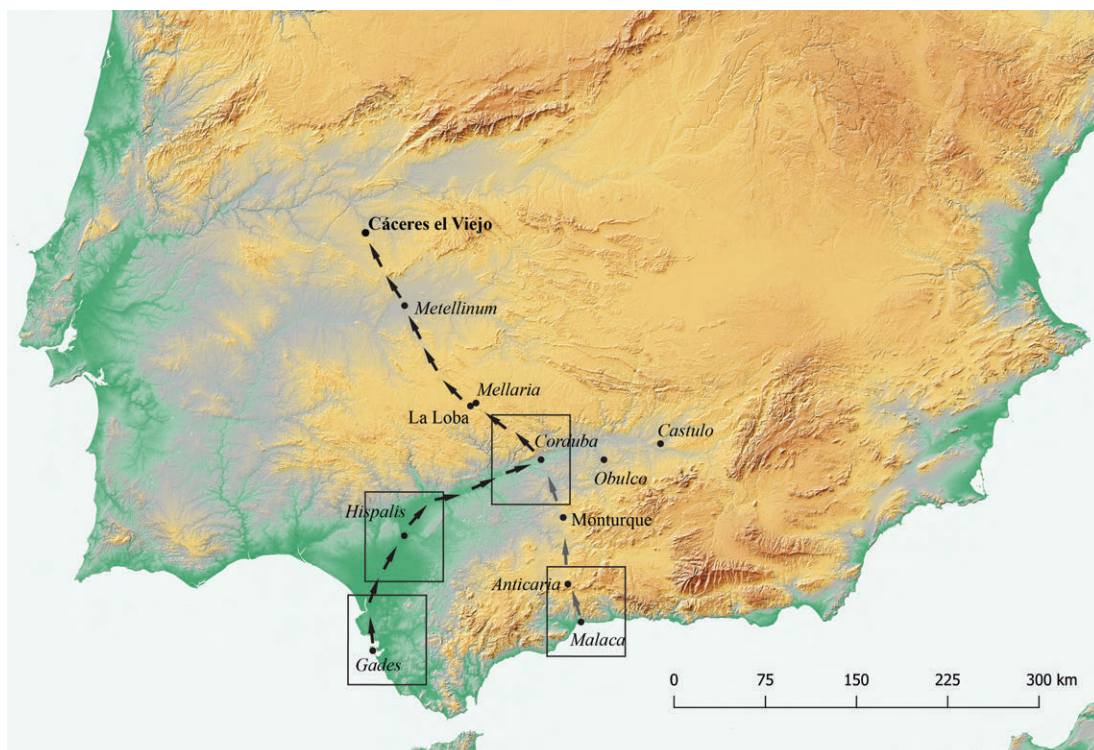


Figura 11. Propuesta sobre la ruta de acceso de los productos importados al campamento de Cáceres el Viejo (Mapa base de los servicios de Cartografía de la UAM, adaptado por C. Pereira).

No obstante, esta propuesta debería llevar implícito un buen estudio del poblamiento ya que las cañadas reales en Extremadura suelen estructurarse con una orientación noreste-suroeste, como sucede con las cañadas Soriana Occidental, Leonesa Oriental y Occidental y Real Segoviana; pese a ello, a nivel de red viaria menor, los caminos de la zona de La Serena tienden mayormente hacia Don Benito y no hacia Mérida, que quedaría demasiado al oeste. Desde un punto de vista arqueológico el eje formado por los yacimientos de Cancho Roano y El Turuñuelo apuestan más por este eje desde Córdoba hacia el Guadiana entre Medellín y Mérida, que no por el camino de Sevilla.

Esta ruta presentaba clara ventajas tácticas para el acantonamiento de Cáceres el Viejo. Desde luego es evidente que se corresponde con un área que estaba bien controlada por Roma y permitía una evidente seguridad de retaguardia y de abastecimiento de los suministros. Del papel de *Corduba* como centro logístico abastecedor de los ejércitos senatoriales ubicados más al norte, dan fe varias evidencias materiales, como las lucernas, del campamento que exhiben una clara influencia de las producciones de la capital de la Ulterior. Aunque no resulta demasiado bien conocida en la capital cordobesa, lo mismo parece desprenderse de las facies de la cerámica romana de barniz negro y de la cerámica común. En Cáceres el Viejo se detecta asimismo un más que abundante numerario acuñado en la capital de la Ulterior (Blázquez Cerrato, 2002; Chaves, 2006), que se distribuye por varios asentamientos que consideramos como satélites del campamento romano, como es el caso de Villasviejas del Tamuja. Curiosamente los escasos broncees romanorrepublicanos que se detectan en el occidente hispano se distribuyen a lo largo de dos rutas, una de las cuales es precisamente la que conectaba *Corduba* con *Metellinum* y las tierras

cacereñas (Blázquez Cerrato, 2014: 418). El numerario que se registra en el campamento militar documenta igualmente la presencia de plomos monetiformes que se consideran productos exclusivos de los distritos mineros del área de Peñarroya que antes mencionamos.

A la vista del panorama de abastecimiento que hemos dibujado, no cabe duda el importante papel que desempeñan como ejes vertebradores del sistema la capital de la Ulterior, como centro logístico, y *Gades*, como puerto de recepción de los productos foráneos, de ruptura de carga y de reenvío hacia el interior.

Este papel de *Gades* nos lleva a plantearnos el papel de la oligarquía gaditana y sus intereses comerciales en la campaña militar contra Sertorio comandada por Metelo, papel que ejemplifica muy bien la figura de L. Cornelio Balbo, a quien ya hemos mencionado más arriba. Los primeros compases de su carrera quedan bastante en penumbra. Sabemos que César le nombra *praefectus fabrum* durante la campaña del 61/60 a. C. en *Gallaecia* (Cic. *Balb.* 63). Este cargo era el responsable de obras de ingeniería como construcción de puentes, artillería y trabajos de defensa y asedio. No se menciona el papel concreto de Balbo al asumir dicho cargo, pero teniendo en cuenta que Dión Cassio menciona que los gaditanos concedieron a César naves (80 o 90 embarcaciones) para transportar 18.000 hombres durante la campaña (Dio Cass. 37,52-53), parece evidente que Balbo fue el encargado de canalizar el apoyo logístico de *Gades* para proveer de barcos y abastecimientos al Dictador en la *Gallaecia* (Syme, 1939: 355; Carreras, 2006: 172-173). El papel de Cornelio Balbo parece mantenerse durante el Segundo Triunvirato, en este caso apoyando a Octavio (Morillo y Morais, 2020: 166).

Sin embargo, algunos datos nos indican que la actuación de este destacado miembro de la oligarquía gaditana al servicio de Roma como responsable del abastecimiento de ejércitos en campaña había comenzado mucho antes de las campañas cesarianas. De hecho, Cicerón menciona que ya bajo el mando de Q. Cecilio Metelo, Balbo participó en la guerra sertoriana (Carreras, 2006: 172-173) (*Balb.* 5). Teniendo en cuenta el desarrollo de la guerra, dicha mención debe referirse perfectamente a las campañas desarrolladas en la Lusitania del 79-77 a. C. en el transcurso de las cuales se funda Cáceres el Viejo. Así se desprende del mismo pasaje, en el que se menciona que, «más tarde», Balbo colaboró con Pompeyo y Memio en sus operaciones contra Sertorio en la costa levantina, tanto en la flota como en el ejército de tierra, señalando específicamente su participación en la defensa de *Carthago Nova* durante el asedio de las tropas sertorianas (76 a. C.) y en las batallas del *Sucro* y del Turia en el año 75 a. C. (Rodríguez Neila, 1992: 29; Carreras, 2006: 172). Su colaboración continuada con los comandantes del partido senatorial debió de ser el motivo principal que le llevó a obtener la ciudadanía romana a propuesta de Pompeyo pocos años más tarde, en el año 70 a. C., en el marco de la *lex Gellia-Cornelia* promulgada en el 72 a. C. De nuevo no se menciona el papel concreto que desempeñó Cornelio Balbo y que le hicieron acreedor de una concesión tan señalada como la ciudadanía *virtutis causa* por hechos de guerra, la mayor dignidad posible por servicios extraordinarios al Estado. Pero teniendo en cuenta sus antecedentes como miembro de la oligarquía comercial de Gades, y su evolución posterior como *praefectus fabrum*, no resulta descabellado pensar que su apoyo al bando senatorial se fundamentaba en el avituallamiento del ejército romano. Más aún en un contexto como los años 76-75 a. C., en el que las tropas sertorianas, establecidas en la costa contestana, en torno al puerto de *Dianium*, y aliadas de los piratas cilicios, habrían cortado parcialmente los suministros desde Roma y *Tarraco* hacia la base senatorial de *Carthago Nova* (Plut. *Vit. Sert.* 7.3; Sal. *Hist.* 1.124; Cic. *Verr.* 2.5.146; Sala Sellés *et al.*, 2013: 202-205). En este sentido el avituallamiento de *Cartago Nova* desde *Gades* y puertos

del Mediodía peninsular como *Malaca* sería una baza estratégica de primer orden jugada por la oligarquía gaditana, lo que significaba alargar las líneas de abastecimiento hasta el sureste peninsular y el Levante, en lo que su potente marina podía colaborar muy activamente.

No cabe duda de que, en estas operaciones logísticas, la oligarquía de *Gades* obtendría notables beneficios económicos, y de ahí su interés en colaborar con los comandantes militares.³ No solo las ganancias derivadas de un incremento del tráfico comercial mediterráneo de productos importados destinados al ejército desplegados en Hispania, sino también del transvase de dichos productos y de su envío hacia el interior de la Península o por mar hacia otras zonas más próximas al conflicto. A ello debemos sumarle la incorporación de las salazones y cerámicas de todo tipo fabricadas en sus zonas productivas dentro de los cargamentos que se dirigían hacia los frentes de batalla para avituallar a las tropas romanas. Los materiales arqueológicos de Cáceres el Viejo manifiestan claramente esta fuerte presencia de productos gaditanos combinada con los bienes mediterráneos importados.

Un reflejo de la participación de los gaditanos en este proyecto y los cuantiosos beneficios que podían obtener lo encontraríamos también en la peculiar solicitud que realiza *Gades* en pleno conflicto de Metelo con Sertorio en la Lusitania. En efecto, curiosamente, en el año 78 a. C. los gaditanos obtienen del Senado la ratificación oficial del viejo *foedus* firmado al final de la Segunda Guerra Púnica (206 a. C.) y que había funcionado *de facto* hasta ese momento sin base legal (Cic. *Balb.* 34). Aunque en ningún momento se menciona, no cabe duda de la participación de Q. Cecilio Metelo, que había llegado el 79 a. C. a la Ulterior como procónsul y que unía en su persona las funciones militares como comandante y las jurisdiccionales como gobernador, y que tuvo necesariamente que conocer, validar y transmitir a Roma dicha petición, si no impulsarla el mismo personalmente. Esta acción de la élite gaditana parece claramente orientada a definir su estatus jurídico de cara a una negociación más ventajosa con Roma de su colaboración en un momento de necesidad por parte de la potencia mediterránea como fue el levantamiento de Sertorio.

En este contexto, el apoyo logístico a Metelo en sus campañas en la Lusitania del 79-77 a. C., resolviendo sus problemas de abastecimiento, hubiera constituido un valioso gesto de apoyo por parte de la oligarquía comercial gaditana de cara a sus intereses estratégicos, claramente reorientados en beneficio de Roma en un nuevo contexto político y económico, dentro de la cual la participación de Balbo en el conflicto tendría una justificación obvia. En este sentido, la lápida de granito local hallada en 1929, claramente un pedestal de estatua plenoaugusteo en la que la colonia *Norba Caesarina* (Cáceres), fundada entre el 36 y 34 a. C., honraba a L. Cornelio Balbo, hijo del Balbo contemporáneo de Metelo, Pompeyo y César, como su patrono (Floriano, 1931: 3; 1987: 14-17; AE 1962: 71; Cerrillo y Nogales, 2014: 65-70) constituye una evidencia más de la vinculación de los Balbo gaditanos con esta región. Cornelio Balbo el Menor, hijo del anterior, casó a su hija con C. Norbano Flaco, procónsul y fundador de la colonia *Norba*, por lo que los intereses y la esfera de influencia de ambas familias se cruzan en este punto. Recientemente se ha puesto también en relación con este personaje un torso masculino de bronce dorado perteneciente a una estatua ecuestre en traje militar (*thoracata*), hallada en Cáceres (Cerrillo y Nogales, 2014: 74).

³ A este respecto debemos recordar la cita de César en la que se menciona claramente *Gades* como una de las ciudades donde se almacenaba el grano romano para abastecer a las tropas durante su enfrentamiento con los pompeyanos (*BCiv.* I.40).

4. La producción local: la *fabrica militaris* de Cáceres el Viejo

Tampoco podemos descartar que L. Cornelio Balbo haya intervenido de alguna manera en la creación de la compleja estructura artesanal existente en el ámbito del campamento de Cáceres el Viejo, ya que dicha decisión entraría de lleno en las funciones logísticas y de abastecimiento de cara a racionalizar y optimizar el suministro. En época imperial, dichos talleres en el ámbito militar se encontraban precisamente bajo la autoridad y el control del *praefectus fabrum* (Sander, 1962), cargo que encontramos curiosamente ejercido ya en época de César por el propio Balbo, por lo que no sería extraño que estas funciones comenzaran a perfilarse precisamente durante el periodo sertoriano.

En efecto, los elevados costes del transporte por vía terrestre, tanto de productos de primera necesidad como de objetos manufacturados, hacia un campamento establecido en una región periférica, recientemente conquistada y militarizada, alejada de las grandes vías de comunicación marítimo fluviales, impulsan el desarrollo de un complejo sistema artesanal dentro del ámbito castrense, destinado a cubrir sus necesidades primarias de objetos manufacturados, tal y como observamos algunas décadas más tarde en el caso de los campamentos legionarios augusteos (Morillo, 1992; 2006: 43-44). Los recipientes cerámicos debieron constituir un capítulo esencial dentro de la producción de los talleres militares, ya que constituyen objetos de primera necesidad, que es más fácil fabricar *in situ* que transportar a largas distancias, y fundamentales para mantener un nivel de vida netamente romano. Pero también armas y otros objetos metálicos propios de la impedimenta militar.

En efecto, uno de los fenómenos que más llama la atención del complejo militar de Cáceres el Viejo es la gran cantidad de productos fabricados localmente que, además, emulan detalladamente a las formas típicamente itálicas. Este fenómeno es transversal a la mayoría de las categorías cerámicas (barniz negro itálico, paredes finas, comunes, pintadas y engobadas, lucernas, material latericio empleado en suelos y techumbres, e incluso en la plástica y la terracota). En la mayoría de las categorías mencionadas, el porcentaje de imitaciones alcanza el 70% (figura 12).

Los casos de las Cerámica de Imitación Bruñida (CIB), que imitan a los barnices negros itálicos y posteriormente a la *sigillata*,⁴ y de la cerámica común son los más destacados. En el primer caso, el porcentaje de las imitaciones alcanza casi el 45% (incluidas las CIB-Reductoras y CIB-Oxidantes), mientras en el segundo, las producciones comunes locales o regionales alcanzan el 77%. No obstante, ha de tenerse en cuenta que, en el caso de las CIB, la totalidad de los recipientes emula claramente formas itálicas, mientras que las cerámicas comunes presentan un panorama bastante más diversificado, pero sin que falten igualmente en abundancia las imitaciones de formas itálicas. Aunque en los respectivos estudios de estas cerámicas ya se han presentado análisis muy detallados y consideraciones acertadas, debemos insistir que el campamento contó sin duda con la presencia de artesanos itálicos o hispanos claramente capacitados y conocedores de los repertorios ceramológicos que se fabricaban y utilizaban en la costa del Tirreno (sobre todo en el *Latium* y *Campania*).

Las CIB de Cáceres el Viejo muestran prácticamente las mismas formas que los barnices negros itálicos (platos Lamb. 5 a 7, copas Lamb. 2-3, tazas Lamb. 1) (figura 13). Las únicas excepciones son dos piezas, la píxide Lamb. 3 y el soporte Lamb. 4, que no aparecen entre la producción de

⁴ Utilizamos aquí el acrónimo (CIB = Cerámica de Imitación Bruñida) propuesto en el estudio dedicado a la cerámica de barniz negro itálico y sus imitaciones, *vid.* Adroher *et al.*, en este volumen.

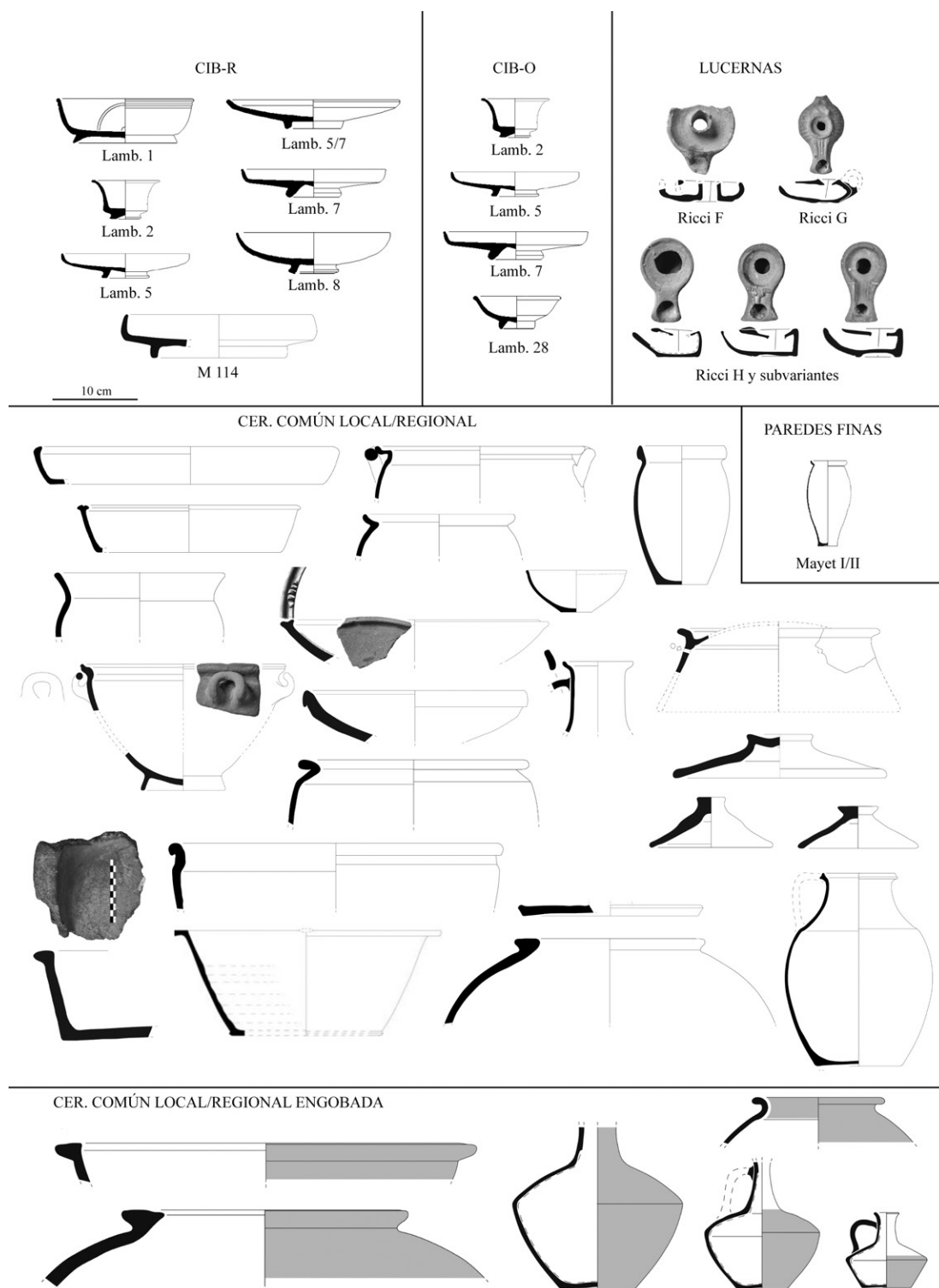


Figura 12. Producciones locales en el ámbito del campamento de Cáceres el Viejo.

imitación, tal vez por el cambio de moda, pues la píxide se encuentra en franca decadencia a favor de la copa Lamb. 2. En relación directa con las imitaciones de cerámicas de barniz negro romano debemos mencionar asimismo las lucernas fabricadas localmente. La producción más característica del taller militar de Cáceres el Viejo es la de lucernas Ricci H decoradas con un relieve fálco e inspiradas directamente en producciones lychnológicas de *Corduba*. Se detectan asimismo otras variantes de la Ricci H (canónica, y con canal central), la Ricci G, además de las lucernas abiertas y la Ricci F, muy semejante a aquellas. Teniendo en cuenta la abundancia de imitaciones, y a excepción quizá de las cerámicas calenas, no encontramos una diferenciación de uso por rangos militares entre las piezas importadas y las imitaciones CIB, que parecen claramente fabricadas para sustituir a las anteriores una vez se han roto por el uso, y se emplean en combinación con las más longevas de origen itálico.

La categoría de cerámica común producida localmente representa la mayoría del conjunto, destacándose sobre todo el grupo de los contenedores destinados al almacenamiento y transporte, con un 54% de la cerámica común, seguida por la cerámica de cocina, con un 35%. El grupo de recipientes de cocina es igualmente abundante, superando los de las demás producciones, de pastas más robustas y adecuadas para ese uso. La cerámica de mesa está representada tan solo por un 11% del conjunto. Los perfiles clasificados permiten identificar recipientes entre los que abundan las ollas y tinajas de tamaño medio y grande, utilizadas para preservar los alimentos, seguidas por ollas para cocción, morteros para la preparación, fuentes de horno, jarras y botellas para contener líquidos, cuencos y alguna forma excepcional como dos *clibani*, un *thymaterium* y una crátera. En el caso de las fuentes de horno (*patinae*), por ejemplo, vemos ejemplares pertenecientes al repertorio del engobe interno rojo-pompeyano, como la forma Luni 1 y otras de borde bifido, Vegas 14, formas 2a y 2b. La forma más numerosa es una producción que se inspira en estas, forma 2c, pero que añade detalles que podemos considerar regionalismos. En el repertorio de los vasos destinados a cocciones en medio líquido, volvemos a encontrar vajilla que imita la de tradición itálica (ollas 3b1, 3b2 y 3b3). Resulta especialmente interesante constatar las imitaciones de las ollas itálicas de borde almendrado, hecho que no se repite en otros yacimientos coetáneos, lo que parece remitir a un alfarero que replica en su taller hispano los recipientes de diseño itálico a los que estaba habituado; aunque las ollas más abundantes suelen tener rasgos de tradición regional, inspirada en prototipos griegos y púnicos, muy enraizados en los alfares gaditanos (GDR 12.6.1 y 12.6.2). Asimismo, volvemos a registrar recipientes de producción local inspirados en los modelos itálicos en el grupo de las orzas, concretamente la de tipo 15a, adecuada para preservar alimentos en la despensa. Igualmente, de diseño itálico son los morteros que se registran en el tipo 7.

En el conjunto de contenedores para líquidos alimenticios, fundamentalmente vino, volvemos a encontrar recipientes inspirados en los modelos itálicos, concretamente la serie 12, *lagoenae* de cuellos esbeltos y cuerpos carenados o globulares. Junto a las botellas se encuentran jarras, orzas, como la serie de la forma 13. La única forma de diseño itálico que vamos a encontrar en los grandes recipientes es el *dolium*, serie 17a.

También de producción local, es destacable la presencia de una forma como el *clibanus* o campana de cocción portátil, que está escasamente representada en la península ibérica, pero que se documenta sobre todo en contextos militares, como es el caso de los campamentos de la circunvalación de Numancia y el establecimiento del Santo de Valdetorres (Aguarod, 2002: 325).

La parca presencia de algunas formas, sobre todo las que se destinaban al horneado, parece indicar que estos recipientes estaban reservados principalmente para los militares de más alto



Figura 13. Las imitaciones CIB en el campamento y respectivas pastas.

rango, que disponían de personal a su servicio, mientras que la tropa en general preparaba sus propias raciones, utilizando seguramente para ello recipientes más comunes e de morfologías diversificadas. En efecto, es posible que existiera un patrón de consumo diferenciado en los recipientes de los mandos militares, seguramente de origen itálico, que contrastaba con el ajuar utilizado por los legionarios, pero que es habitual con la diversidad de procedencia sociocultural de las tropas en el interior del campamento, avalada por una facies cultural mixta.

También se detectan imitaciones en el ámbito de la cerámica de paredes finas (formas Mayet II y tal vez III), la cerámica engobada y los ungüentarios. Los perfiles y dimensiones son idénticas a las de los recipientes importados, distinguiéndose tan solo en la apariencia y tratamiento final. Parece posible incluso la fabricación de algún tipo de ánfora o anforeta, a juzgar por los análisis de pastas. De la misma manera resulta incuestionable la fabricación local de piezas latericias para cubiertas (tégulas, imbrices, e incluso antefijas), así como baldosas para pavimentos, realizadas con módulos y técnicas netamente romanas, un trabajo que requería una alta especialización. Aunque no ha sido posible analizarlos arqueométricamente, algunas piezas singulares modeladas en terracota, como los altares y los clíbanos o quemaperfumes, son sin duda producciones del mismo taller por las características de sus pastas. No cabe duda respecto a la presencia de *figlinarii* itálicos especializados, que son capaces de realizar imitaciones de prototipos metropolitanos a bajo coste.

Las producciones cerámicas de imitación, que constituyen uno de los fenómenos más complejos y difíciles de interpretar dentro del proceso de adopción de patrones culturales romanos por parte de los pueblos peninsulares, es donde reconocemos a veces la integración de tradiciones propias en modelos cerámicos «universales» y como el elemento militar toleraba y a veces incentivaba directamente en su seno dichos fenómenos para cubrir una demanda exigente en las formas y la tipología, directamente vinculada a la dieta alimenticia, pero mucho más laxa en acabado y calidad de los productos (Morais *et al.*, 2017: 727).

Cuestión de enorme interés es la procedencia de las imitaciones documentadas en Cáceres el Viejo. A. Schulten y R. Paulsen excavaron varias hectáreas del campamento sin poner al descubierto ninguna estructura relacionable con actividades alfareras. Por otro lado, aunque el rastreo de las CIB y de las imitaciones en cerámica común, las imitaciones más frecuentes, esté aún muy incompleto, es posible constatar que estas producciones, algunas de ellas con pastas idénticas, se distribuyen por asentamientos coetáneos en un área amplia, alrededor del Guadiana y hasta el Tajo, que se extiende por lo menos desde la zona de Monforte (Portugal) hasta la de Trujillo (España). Las CIB han recibido en las últimas décadas más atención que las cerámicas comunes. Estas producciones se detectan en esta área en yacimientos como Cabeça de Vaíamonte (Fabião, 1998: II, 465-473; Pereira, 2018: 62-63), Castelo da Lousa (Pinto y Schmitt, 2010: 252-255; Luís, 2010: 126-128), Monte das Covas (Soria, 2018: 214 y ss.), Badajoz (Enríquez Navascués *et al.*, 1998: 189) o Valdetorres (Heras Mora, 2018: 191-192). Asimismo, es posible encontrar este mismo fenómeno de las CIB⁵ al sur del Guadiana, destacándose asentamientos como Castrejón del Capote (Berrocal-Rangel, 1989; 1991) o Los Castillejos de Fuente de Cantos, en Badajoz (Heras Mora, 2018: 331-339); pero sobre todo Hornachuelos (Gil-Mascarell y Rodríguez Díaz, 1988: 578-579; Rodríguez Díaz y Jiménez Ávila, 1987-88), Cerro del Cabezo, en Capilla, Badajoz (Pastor Muñoz *et al.*, 1992: 70-75), y Las Minillas (Garlitos, Badajoz) (Pastor Muñoz *et al.*, 1992: 103; Heras Mora, 2018: 253). Parece existir una indudable relación del área extremeña con la cordobesa, una muestra más del origen de los prototipos originales en la capital provincial. Por este motivo extrañamos su escueta representatividad, por ejemplo, en La Loba (Passelac, 2002: 256), tal vez precisamente por la ausencia de personal especializado como alfareros en el ámbito civil minero, que si existe en el ámbito militar. También es verdad que la mayor parte de la cerámica común de este yacimiento sigue estando inédita, por lo que este panorama podría cambiar. Situación distinta presentan los materiales de otros asentamientos, más tardíos, como es el caso de Castro de Segóvia (Gamito, 1987; Bargão, 2017: 95), donde estas imitaciones ya no adquieren las mismas características tecnopetrográficas.

A pesar del panorama presentado, hemos de ser cautos en lo referente a este fenómeno de «imitación» de cerámicas de barniz negro itálico.⁶ Las CIB son respuesta, muy posiblemente y como ya hemos apuntado en trabajos anteriores, a una necesidad de consumir productos de origen itálico por parte de comunidades itálicas. Ya se propuso que estos recipientes se hubieran fabricado en varios lugares del sudoeste peninsular y que, incluso, se tratara, al menos en su origen, de producciones vinculadas al ejército romano (Fabião, 1998: II, 474-476; Pereira, 2018: 78), algo que demuestra con datos analíticos nuestro estudio sobre Cáceres el Viejo. Esto explicaría que se estén identificando focos de producción más o menos heterogéneos, que definen áreas concretas de dispersión y, consecuentemente, características tecnopetrográficas diversas, que podrían asociarse con determinadas coyunturas política y militar del periodo tardorrepblicano.

Por lo que respecta a las CIB y su dispersión en el sudoeste de la península ibérica, Cáceres el Viejo constituiría el punto más septentrional, con una presencia casi del 50% del total de la vajilla

⁵ Tal como C. Fabião ha diferenciado (1998: II, 460-464), recordamos que no se debe confundir este fenómeno con otro tipo de imitaciones de barniz negro itálico, cómo es el caso de las imitaciones en pastas grises. Sobre estas imitaciones se puede consultar, p. ej.: Bonet y Mata, 1988; Ramos Suárez, 2012; Adroher, 2014a; Adroher y Caballero, 2008; 2012; Ramos Suárez y García Vargas, 2014a; 2014b; Alves *et al.*, 2014; Soria, 2018, con bibliografía.

⁶ En efecto, parece razonable pensar en varios fenómenos de imitación, característicos de áreas geográficas concretas (Véase también el caso del oriente de la Península, donde estas imitaciones surgen en asentamientos como *Kontrebia Belaíska* (Beltrán Lloris, 1995: 245 y ss.), *Libisosa* (Uroz Sáez, 2014: 201 y ss.) o *Valentia* (Marín Jordá *et al.*, 2004: 113 y ss.), que emulan las formas y dimensiones de los recipientes itálicos con gran maestría, pero que tienen aspectos bien distintos al de los prototipos, sobre todo la aparente ausencia de barnices.

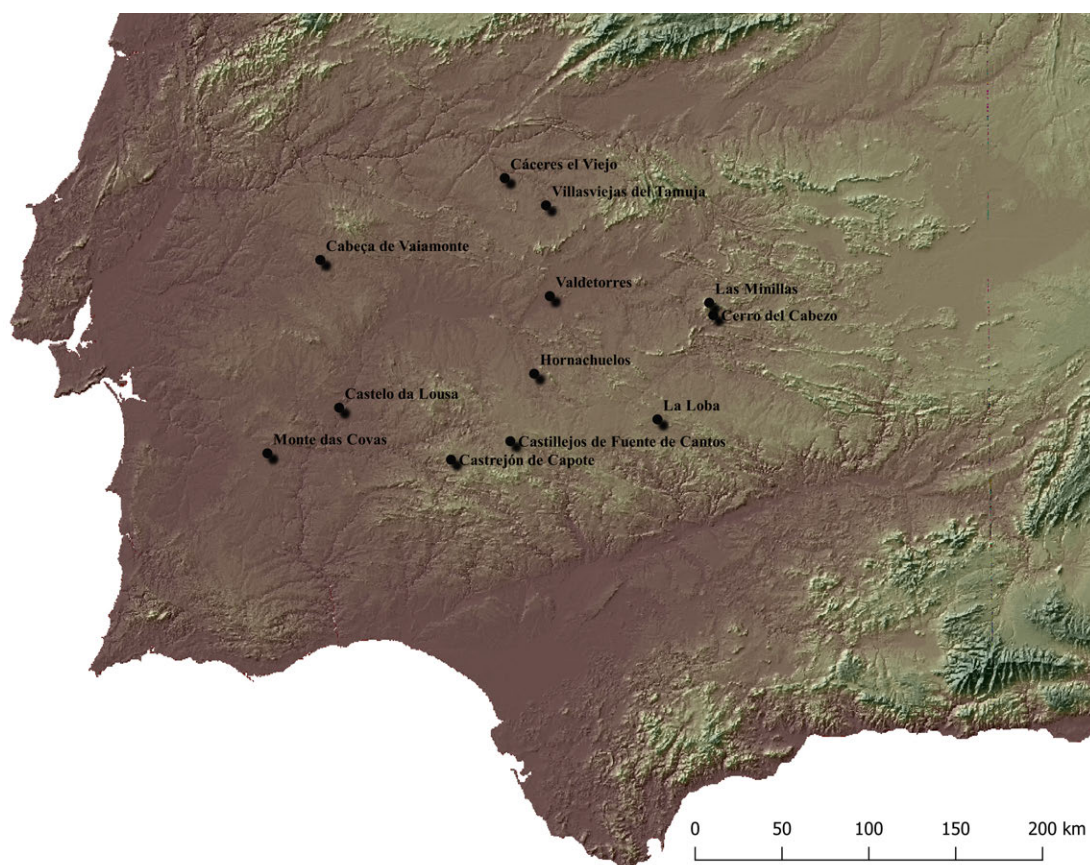


Figura 14. Dispersión de las CIB en el sudoeste peninsular.

de mesa, lo que no deja de llamar la atención tratándose del asentamiento militar propiamente dicho (figura 14). La seguridad de la retaguardia era un tema primordial para los ejércitos, lo que permitía garantizar líneas de suministro y comunicación. Al oeste y al este de nuestro campamento se detectan asentamientos con presencia militar algo peor definida, coetáneos de la facies de Cáceres el Viejo: Cabeça de Vaiamonte y Villasviejas de Tamuja, con los cuales formaría una línea de defensa y control. Esta región bajo control del ejército senatorial corresponde a zonas seguras ubicadas cerca de las «zonas de frontera» o implantados en áreas en las que el ejército romano estaba largamente apoyado por los asentamientos civiles. Los establecimientos más al sur aportaban apoyo logístico, refuerzo militar y a la vez garantizaban la seguridad de la retaguardia. Faltaría en este esquema rastrear la realidad de la zona cordobesa, con el objetivo de corroborar la ruta que se dirigía hacia el noroeste, hacia Extremadura, como parece indicar el estudio de las lucernas y de la numismática.

Esta realidad de las CIB plantea cuestiones muy interesantes, pero sin que tengamos una proyección más completa de este fenómeno de las imitaciones y sin resultados analíticos, resulta aún muy difícil determinar cuál o cuáles fueron los asentamientos de origen de estas producciones. Justamente por este motivo planteamos en este trabajo un intento preliminar apoyado por varios análisis químicos y arqueométricos realizados a varios fragmentos cerámicos procedentes de Cáceres el Viejo (cerámica común, ánforas, imitaciones de barniz negro itálico y cerámicas

Categoría	Sigla	Forma	Figura	n.º de muestra	Tipo / Grupo de pasta	Procedencia
C. Común	CV/6/96	Olla	10, n.º 2	UZ, 20CV1	Tipo 1	¿Bética?
	= s/n.º 564					
C. Común	s/n.º 308	<i>Caccabus</i>	10, n.º 1	UZ, 20CV2	Tipo 1	¿Bética?
C. Común	s/n.º 399	<i>Clibanus</i>	20, n.º 1	UZ, 20CV3	Tipo 2	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR IIIa	
C. Común	s/n.º 382	<i>Mortarium</i>	4, n.º 2	UZ, 20CV4	Tipo 3	Bética/Litoral malacitano
C. Común	CV/7/283	<i>Mortarium</i>	9, n.º 6	UZ, 20CV5	Tipo 4	Bética/Bajo Guadalquivir
C. Común	3444	<i>Lagoena</i> , tipo 12a	26, n.º 1 y Anexo I, 1	UAM -18	Zócalo granítico herciano	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR Ic	
C. Común	CV/6/363	Olla, tipo 3b1	17, n.º 1	UA n.º 1	Grupo metamórfico	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR IIa	
C. Común	s/n.º 339	Olla, tipo 3a2	16, n.º 7	UA n.º 2	Grupo metamórfico	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR IIIb	
C. Común	s/n.º 282	<i>Urceus</i> , tipo 15a	33, n.º 3	UA n.º 3	Grupo ígneo	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR IIc	
C. Común	CV/6/430	<i>Mortarium</i> , tipo 7b	22, n.º 2	UA n.º 4	Grupo metamórfico	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR IIIb	
C. Común	CV/3/103	Cratera, tipo 11	25	UA n.º 5	Grupo ígneo	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR IIIb	
C. Común	s/n.º 93	Gran recipiente, tipo 17 a1	34, n.º 3	UA n.º 6	Grupo ígneo	Local/regional
					<i>De visu</i> CoLR Ia	
Ánfora	CV/6/601	Indeterminada, posible Brindisina	Anexo I, 1	UAM-17	-----	Importación itálica, costa adriática
CIB-R	3637	Plato	1, n.º 5	UA, n.º 7	Grupo ígneo	Local/regional, posible área de Trujillo
CIB-R	s/n.º 150	Cuenco, Lamb. 2	12, n.º 12	UA, n.º 8	Grupo ígneo, derivación granítica	Indeterminada
CIB-O	s/n.º 135	Plato Lamb. 5/7	1, n.º 9	UA, n.º 9	Grupo ígneo	Local/regional posible área de Trujillo
Altar o quemaperfume	3654	<i>Thymaterium</i> /altar	2, n.º 1	UA, n.º 10	Grupo metamórfico-sedimentario	Local/Regional
Cer. construcción	s/n.º	Ladrillo romboidal	----	UA, n.º 11	Grupo metamórfico	Local/regional
Pieza moldurada	CV/7/38	Zócalo o pie	3, n.º 1	UA, n.º 12	Grupo metamórfico-ígneo	Local/regional

Tabla 1. Datos y resultados relativos a todos los fragmentos que han sido analizados a través de análisis químicos y arqueométricos.

para la construcción) (tabla 1). Pretendíamos con ello determinar a través de medios científicos si estas pastas eran, en efecto, locales.

Los resultados obtenidos con las muestras analizadas en los Laboratorios de Arqueometría de las Universidades de Alicante y Autónoma de Madrid permiten desde luego asumir con relativa seguridad la procedencia local / regional de las arcillas (véase anexos). Es interesante verificar que se han propuesto cuatro áreas fuente o áreas de procedencia, si bien una de ellas no se ha podido establecer con detalle, lo que sugiere una considerable variedad de materia prima. De los tres restantes, dos se localizarían muy cerca del campamento de Cáceres el Viejo, pero las características de la tercera parecen coincidir con las arcillas del área de Trujillo.

Curiosamente, las muestras que se asocian a un eventual origen en la zona de Trujillo todas integran el grupo de las CIB (tres muestras), tanto en pastas reductoras como en pastas oxidantes. Si tenemos igualmente en cuenta que ese área se corresponde, *grosso modo*, a la ubicación del poblado de Villasviejas del Tamuja, donde son igualmente abundantes estos recipientes (Hernández Hernández *et al.*, 1989; Hernández Hernández y Martín Bravo, 2017; 2021), en pastas a simple vista idénticas (Morales Martín *et al.*, 2021), podemos asumir que tanto las de Tamuja como ese grupo concreto de Cáceres el Viejo podrían proceder del mismo taller. Recipientes con las mismas pastas que se han analizado de Cáceres el Viejo aparecen también en Cabeça de Vaiamonte. Por este motivo nos parece más que razonable pensar que Villasviejas haya funcionado no solo como un asentamiento civil de acuartelamiento de tropas (Mayoral *et al.*, 2021: 182-183), eventualmente relacionado con el ejército oculto propuesto por C. Fabião (2007: 127), sino también cómo poblado productor y abastecedor del campamento legionario cercano de Cáceres el Viejo. Queda pendiente en el futuro un análisis arqueométrico comparativo de los ejemplares de Villasviejas del Tamuja (y también de Cabeça de Vaiamonte) para cotejarlos con los del campamento de Cáceres.

Los otros dos grupos de pastas identificados en Cáceres el Viejo en diferentes producciones (cerámica común, ánforas, imitaciones de barniz negro itálico y cerámicas para la construcción) son claramente locales. Este hecho confirmaría la existencia de un taller o *figlina* militar dentro del campamento o en sus alrededores, destinado a cubrir las necesidades de abastecimiento de productos cerámicos para las tropas. Es lógico pensar que estos productos se fabricaran *in situ* junto a su principal centro de consumo. La presencia de dos diferentes grupos de pastas locales se relaciona sin duda con la existencia de varios puntos de extracción de arcilla (figura 15). En algunas ocasiones, y más en áreas como el zócalo herciniano, con depósitos de arcilla no muy abundantes, se puede producir el agotamiento de una cantera, por lo que consecuentemente, se procedería a sustituirla con otro centro de extracción de materia prima.

La presencia de reproducciones exactas de formas itálicas nos está indicando que el alfar donde se produjeron integraba personal que conocía bastante bien esos perfiles y semblantes, artesanos itálicos o hispanos, y los reproducía de la mejor forma posible con los recursos locales, tal vez empleando puntualmente personal e infraestructuras de los poblados locales. Si podemos conjeturar que estas cerámicas no tenían barnices al modo itálico no porque los artesanos no supieran hacerlos, sino porque las infraestructuras que utilizaban no permitían alcanzar las temperaturas necesarias o la mezcla exacta de componentes para sinterizar o vitrificar el barniz negro y que adquirieran las típicas características visuales de las producciones universales. Subrayamos, sin embargo, que estas producciones son particularmente habituales en las cerámicas de almacenamiento / transporte y de cocina, ya que para los servicios de mesa el campamento gozaba del privilegio de importar puntualmente la vajilla, al menos en el bagaje

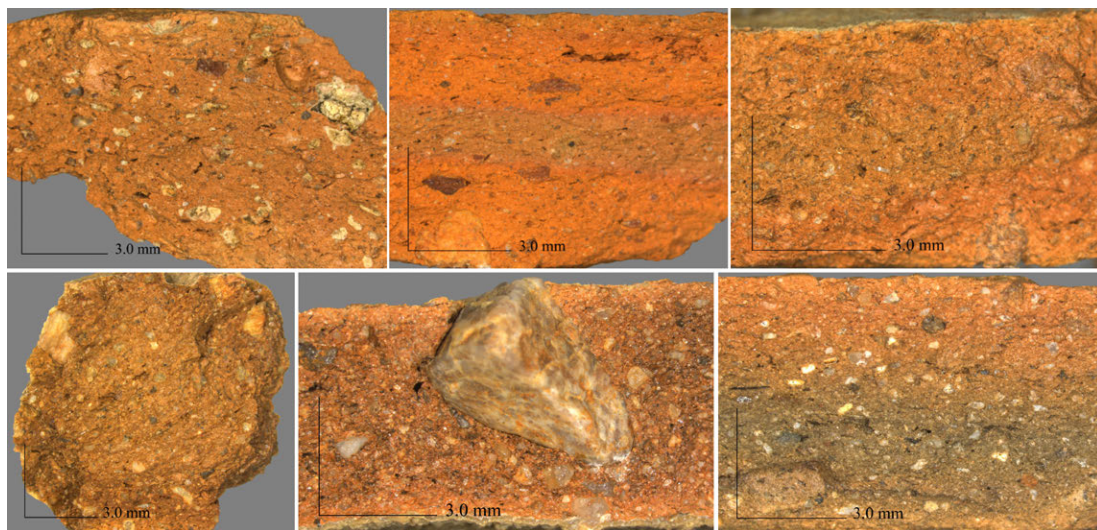


Figura 15. Diversidad de fábricas de la cerámica común con elementos geológicos típicos de la zona. En una se puede apreciar inclusiones de grandes dimensiones.

e impedimenta que llegó en los primeros momentos del campamento acompañando a las tropas, o inmediatamente después.

La existencia de talleres militares destinados a la elaboración de cerámica para el ejército romano resulta un hecho ya bien conocido en época de Augusto, tanto en Hispania como en las fronteras septentrionales. Campamentos como Haltern, *Castra Vetera* (Xanten), *Mogontiacum* (Mainz-Weisenau), *Novaesium* (Neuss), Herrera de Pisuergra o León se dotaron de instalaciones de este tipo (cf. Morillo, 1992: 60-61; 2006: 43-45; 2008b). Las unidades militares desplegadas desarrollaron un complejo sistema artesanal destinado al autoabastecimiento de las tropas, para ahorrar de esta manera el coste del transporte a larga distancia de frágiles recipientes cerámicos y responder de esta manera al problema del suministro (Morillo, 1992: 167).

Sin embargo, en época republicana la *officina* militar de Cáceres el Viejo constituye por el momento una anomalía, que anticiparía más de 80 años mecanismos de intendencia y autoabastecimiento militar provocados sin duda por el alejamiento de muchos acantonamientos de tropas de las rutas de comercialización marítimo-fluviales y su dependencia del transporte por vía terrestre. Dicho proceso alcanzará su madurez bajo Augusto y sus sucesores (Morillo, 2006: 40-48; Morillo y Morais, 2020: 147-151 y 160-170). Pero, por el momento, el taller de Cáceres el Viejo sería el más antiguo donde se verificaría un abastecimiento militar híbrido: por una parte, importación, y por otra, producción local, que anticipa las características de un mercado dirigido. No cabe duda que contar con una gran cantidad de provisiones y enseres importados, así como la facilidad de fabricarlos proporciona una independencia en cuanto a las operaciones militares, sin tener que depender por completo de la base de suministros, ya que las comunicaciones pueden ser cortadas o sufrir interrupciones en un escenario de golpes de mano como el desarrollado por Sertorio contra las tropas de Metelo en la Lusitania.

Aunque no tenemos evidencias directas, numerosos elementos indirectos nos hablan asimismo de la fabricación de otros artefactos en el campamento de Cáceres el Viejo. No cabe duda de que es el caso de los artefactos metálicos (figura 16), ya que aparte de instrumental, aparecen abundantes escorias y restos de fabricación metalúrgica, no pocas veces disimulados entre



Figura 16. Herramientas de Cáceres el Viejo destinadas a tareas metalúrgicas: n.º 1 y 2, tenazas de forja (3702; 3700); n.º 3, soldador de forja (3830); n.º 4, lima (3844); n.º 5, cincel (3713); n.º 6 y 7, Martillos de peña (3721; 3720); n.º 8 y 9, cinceles planos (6109; 5805); n.º 10, tijera cortachapa (6099).

la gran cantidad de elementos metálicos amorfos en considerable estado de deterioro, aparte de herramientas. Aunque dichos restos no demuestran que en el campamento se produjeron armas para el ejército, al menos corroboran la manutención⁷ del armamento. No podemos olvidar que los metales permitían su reciclaje y que incluso llegados a un momento en que las armas ya no permitían ser reparadas podían sin embargo ser convertidas en nuevos objetos.

Varias evidencias apuntan que, al menos, debería existir algún taller metalúrgico para reparaciones en el ámbito del *forum*. Tampoco se puede ignorar la presencia de lingotes de hierro y de

⁷ Se debe tener en cuenta que aquí se utiliza el concepto de «manutención» en el sentido estricto del mantenimiento de las armas, situación bien distinta del de «reparación».



Figura 17. Fíbula en proceso de fabricación (tipo CV 4/1f, n.º 61 del estudio de R. Erice en la presente monografía).

plomo. Su morfología nos hace pensar que proceden de talleres no especializados, posiblemente en el mismo campamento, y que estarían destinados a una utilización local. Asimismo, se detecta una buena calidad de fusión de los elementos (reducción y forja en el caso del hierro), lo que permite intuir que los artesanos eran conocedores de las mejores técnicas y que las implementaron con pericia. En efecto, hemos tenido la oportunidad de analizar algún elemento de plomo,⁸ con el objetivo de saber su origen o nivel de reciclaje, y los resultados han permitido confirmar que el plomo en general presenta un índice de reciclaje bastante elevado, con alrededor de 2.000 ppm de estaño, lo que descarto la realización de un estudio isotópico más detallado para determinar la procedencia del mineral.

En este ámbito, no podemos tampoco dejar de recordar las consideraciones de G. Ulbert cuando describe un ejemplar de fíbula que, por sus características peculiares, ha planteado que pudiera estar en proceso de fabricación cuando fue descartada (Ulbert, 1984: 214). No referimos a la pieza de tipo CV 4/1f (n.º 61 del estudio de R. Erice en la presente monografía), equivalente a las fíbulas de tipo Mariné 2.3, y con similitudes formales con los tipos Ponte A40c1 y la variante A de Nauheim. Si la comparamos con otros ejemplares del campamento, se aclaran los motivos que llevaron al investigador bávaro a considerarla en proceso de fabricación, sobre todo si nos detenemos en los entalles laterales del puente que, en este caso concreto, se han realizado a un lado, pero no al otro de la fíbula. Aunque las evidencias no permiten asegurarlo, no podemos en efecto descartar al completo una eventual fabricación de este tipo en el campamento o, por lo menos, que en determinado momento se haya convertido una fíbula de tipo CV 4/1b en una decorada. Sin embargo, lo cierto es que en determinado momento el proceso de elaboración de esta pieza quedó interrumpido (figura 17).

Aunque desconocemos los contextos de hallazgo, la identificación de determinado instrumental nos permite confirmar actividades, como carpintería o curtidura, entre otros. Por no hablar de las numerosas pesas de telar halladas en edificio VI y en algunas zonas del foro, que apuntan a la fabricación de textiles. El hallazgo de un instrumento de hueso a medio terminar

⁸ Los análisis han sido realizados por Ignacio Montero Ruiz, del CSIC a quien queremos agradecer su generosa colaboración. La composición identificada fue: PA27483 99,2% Pb, 0,2% Sn 0,44% Cu.

apunta también hacia un taller de este tipo en el campamento, como el localizado en el campamento de Herrera de Pisuergra (Pérez González e Illarregui, 1994). Por otra parte, no cabe duda de la elaboración local de las balas de *ballistae* en piedra.

En definitiva, una desarrollada estructura artesanal que podemos interpretar como un primer esbozo de una auténtica *fabricae militaris*, muy semejante a la generada en torno a otros campamentos a partir del periodo augusteo (Petrikovits, 1976a; 1976b; Driel-Murray y Gechter, 1984; Hanel, 2006).

5. Algunas observaciones en torno a la comensalidad: patrones culturales itálicos y militares de consumo

Los servicios de cerámica de mesa y preparación de alimentos, especialmente si carecemos de otros indicadores como los análisis de alimentación basados en estudios de fauna y flora, suelen ser los únicos elementos disponibles para analizar el proceso de consumo, privado o público, de alimentos. En definitiva, ilustrar sobre cómo se distribuyen, cuáles y cómo se consumen, y quiénes y dónde se encuentran en torno a la mesa del festín; es lo que se conoce como la «arqueología de la comensalidad». Esta cuestión, que se ha abordado con mayor detalle en los capítulos de esta monografía dedicados a las producciones de barnices negros y a la cerámica común de Cáceres el Viejo, requiere algunas consideraciones finales.

Un análisis de los comportamientos en cuanto a los alimentos consumidos y su ingestión supone abordar el proceso integral, desde el tipo de alimento (materia prima y especias), su tratamiento en la cocina (todas las partes del proceso de preparado), su traslado a la mesa (tipos de contenedores) y el servicio en los recipientes para consumo individual o colectivo. Cada una de estas actividades generará diferente tipo de recipientes, evidencias arqueológicas de una determinada dieta o patrón de consumo y, en concreto, sobre los cambios que se producen cuando se realizan análisis diacrónicos de estos comportamientos

Por otra parte, las categorías tradicionalmente aceptadas, como cerámica de mesa y cerámica común, adquieren un valor completamente distinto de cara a la comensalidad. En Cáceres el Viejo el barniz negro es un material de uso frecuente y que la accesibilidad al mismo debe ser fácil. Además, partimos de la idea preconcebida, en la que el servicio mínimo estaría compuesto por taza para consumo de alimentos líquidos, plato para alimentos sólidos y copa para bebidas. Pero no tenemos en cuenta que se utilizan para las mismas funciones recipientes de otros materiales no cerámicos, como madera, metal y vidrio, muchos de ellos desaparecidos por los problemas de conservación. Algo semejante podríamos apuntar para el tratamiento de alimentos durante su preparación en la cocina. Sería preciso analizar el contexto arqueológico en su sentido más amplio, conjuntando la información de todo el ajuar mueble, integrándola además con las referencias concretas a los espacios en que aparece, información de la que no disponemos, tratándose de una excavación realizada hace más de un siglo.

A través de los recipientes disponibles (cerámica de barniz negro, de paredes finas, común, engobada, además de la vajilla metálica), que nos hablan de una determinada dieta y una forma de preparación, no cabe duda que estamos ante un asentamiento con patrones de consumo netamente itálicos, como correspondería a un campamento ocupado por tropas romanas o hispanas con hábitos de alimentación ya itálicos. Un establecimiento de este tipo destaca en un entorno que

estaba ocupado por población indígena, solo parcialmente romanizada. Sin duda, la interacción militar con los locales debió de ser fuerte, pues de ellos extraerían gran parte de los recursos que necesitasen. Pero, en nuestro caso, contamos con la posibilidad de que el campamento también pudiera aportar su tecnología y producción a las comunidades indígenas vecinas, como vector de transferencia cultural, siendo el ejemplo de las CIB uno de los más característicos. Las CIB son respuesta, muy posiblemente a una necesidad de consumir productos de origen itálico por parte de comunidades itálicas o con patrones de consumo ya romanos. Y si algo demuestra Cáceres el Viejo es que, al menos en su origen, estas producciones son básicamente militares. Su aparición en el servicio de mesa no afecta en absoluto a temas de distribución diferencial de estos servicios, ya que las CIB reproducen prácticamente las mismas formas que los barnices negros itálicos. Se mezclan en los servicios personales de los soldados barnices negros itálicos con las cerámicas de imitación bruñidas. Pero el uso de las CIB se extiende hacia el entorno inmediato de los campamentos y guarniciones militares, símbolo de la introducción de las costumbres culinarias itálicas, si bien se incluyen algunas formas indígenas, lo que explica que la penetración en el ámbito cultural autóctono de la presencia del campamento va más allá de las transferencias tecnológicas. La asunción de cambios de aspecto, terminación, etc., de las formas indígenas nos comunican cierta convergencia entre los gustos itálicos y los indígenas, si bien habría que analizar si esa ósmosis se produce en una sola dirección o es bidireccional, quizás asumiendo puntualmente los itálicos algunos sistemas de consumo de origen indígena en cuanto a recursos, si bien no necesariamente la forma, es decir, la comensalidad *sensu stricto*, que debió de estar mucho más cerrada a esa penetración inversa del mundo indígena hacia el itálico.

Las mejores producciones del repertorio formal de la vajilla de mesa de bronce (*skyphos*, *kantharos*, cálices), que precisamente a lo largo del primer tercio del siglo I a. C. alcanzan una extremada calidad y refinamiento (Pirzio Biroli, 1991: 63), no se encuentran en los hallazgos del campamento. Sin embargo, aparecen abundantes jarros. Esta situación deriva seguramente de la escasa repercusión en el ámbito militar de las costumbres relativas a las reuniones festivas de los estratos altos de la sociedad romana, representados en este caso tan solo por la oficialidad.

Algunas piezas como los *clibani*, campanas de cocción portátil, aparte de avalar la presencia de unos hábitos típicamente itálicos, presentan una filiación militar indiscutible. Se trata de piezas que forman parte del ajuar de la cocina de la oficialidad o de los suboficiales, destinadas a la realización de cocciones entre las brasas del hogar, a cielo abierto, tanto en recinto del campamento, como en campaña. Entre el menaje de cocina itálico se encuentran, aunque en proporción escasa, algunas fuentes de horno, *patinae*, y sus tapaderas que podían utilizarse para cocinar, bien en el interior de un horno de panadero, o bien en su ausencia, *sub testu*, entre las brasas del hogar; cubriendo la fuente con un *clibanus* o con una tapadera plana sobre la que se depositaban brasas ardientes que proporcionaban al guiso un aporte de calor desde la zona superior. La receta que se realizaba en el interior de las fuentes revestidas con engobe interno rojo-pompeyano era la *patina*, una preparación a base de ingredientes desmenuzados, ya fueran carne, pescado o vegetales, que se amalgamaba con huevos batidos y se cuajaba a fuego lento. Las *patinae* eran recetas con técnica culinaria itálica, en algún caso herencia de la cocina griega, entre las cuales treinta y ocho modalidades están recogidas en el recetario de Apicio. Su presencia en el campamento nos habla de una elite militar acostumbrada a una cocina elaborada y refinada en la que se utilizaba el aceite como uno de sus ingredientes esenciales. Sin duda algunos otros recipientes menos tipificados deberían ejercer una función parecida en los contubernios.



Figura 18. Fuente con representación de fauno con la cabeza apoyada en un odre (Museo de Zaragoza).

Algo semejante podemos deducir de la presencia de ánforas olearias y lucernas, bien es verdad que muy limitada, lo que indica el grado de disponibilidad de aceite. Dicha sustancia no estaba al alcance de la mayor parte de la población durante el periodo republicano por su escasez y elevado coste de importación. En áreas interiores se detecta en ese momento una estrecha vinculación entre la presencia del ejército romano y la difusión de lucernas (Nunes *et al.*, 1990: 84-85; Morillo *et al.*, 2017: 30; Pereira, 2018b: 44-46). En las áreas recién conquistadas, solo la administración militar dispondría de los recursos económicos para la importación de aceite, así como de ceramistas capaces de elaborar estos recipientes para iluminación. El concurso de recipientes de cuero como los odres resulta imprescindible (figura 18).

Las cerámicas de mesa son la evidencia más sólida de que la dieta de los soldados de este campamento era bastante diversificada, aunque el sesgo en la información disponible no permite crear una propuesta sólida y completa del modelo del servicio de mesa en este contexto militar sertoriano. De cualquier forma, si pensamos de forma global en todas las categorías aquí analizadas, nos damos cuenta de que probablemente formarían conjuntos que integrarían, junto con otros elementos, el ajuar presente en cada *contubernium*, aunque debamos asimismo asumir que algunas vasijas se destinarían a la oficialidad, sobre todo aquellas que se relacionan con la preparación e ingestión del vino. No obstante, la mayoría de las formas importadas (cerámica de barniz negro itálico, las paredes finas Mayet II y III, la cerámica común itálica y sus imitaciones fabricadas en la Ulterior), presenta principalmente formas estandarizadas de platos y cuencos, que

serían las más frecuentes, aunque también se registran formas destinadas a la confección y almacenamiento. Al igual que las ánforas, también estos recipientes denotan un consumo y utilización especializada de determinadas formas en los contextos militares, que ya aparecen en cantidades superiores, si comparamos con el ámbito civil. Dicha situación se puede poner una vez más de manifiesto con la dieta de las tropas, que, siendo cierto que era diversificada, seguía un menú concreto que solo puntualmente puede variar y que configura la *mensa militaris*. Por este motivo, las formas más frecuentes eran el plato y el cuenco (este que a su vez podía ser utilizado para líquidos y semilíquidos), recipientes de posesión y uso individual, complementados con formas de mayor capacidad, para la confección y almacenamiento, que podrían servir comunitariamente en los contubernios (en el caso de la confección) o también de uso individual (en el caso de recipientes de almacenamiento donde los militares guardaban y racionaban sus productos). Tampoco faltan vasijas con perfiles y dimensiones que acusan un uso igualmente comunitario, pero que en este caso se destinarían al servicio, sería el caso de los grandes cuencos o de las botellas, sin descartar la presencia de recipientes de madera.

La cuestión del consumo permite plantear asimismo otros asuntos complementarios, a los que se les suele prestar escasa atención. Uno de ellos es la redistribución interior de las raciones a los diferentes barracones, una vez alcanzaran el campamento los convoyes con productos alimenticios importados desde el sur. Si el cereal no plantea demasiadas cuestiones en cuanto a su reparto para molienda y cocción para confeccionar pan o gachas, la casuística es bien diferente para otras sustancias como el vino y el aceite. La investigación apenas ha reflexionado sobre la tipología de envases en los que, una vez trasvasadas dichas sustancias desde las ánforas u otros grandes recipientes, circulaban dichos productos hasta lugares de consumo, hogares, o, en el caso de establecimientos militares, tiendas o *contubernia* donde se consumían, ya que por tradición historiográfica se parcela el estudio de las grandes series cerámicas: ánforas y envases para transporte, por un lado; cerámica común y de paredes finas, por otro. El análisis de este mecanismo comercial desde una perspectiva integral abrirá nuevas perspectivas para aspectos del comercio todavía muy poco conocidos, como es la distribución minorista (Morillo y Morais, 2019: 174-175). En recintos militares establecidos en zonas recién conquistadas contamos con la ventaja añadida de conocer que las raciones deben ser distribuidas entre las tropas en ámbitos con hábitos itálicos aislados del mundo exterior, por lo que es posible analizar de forma mucho más precisa la identificación funcional de recipientes. Hace algunos años ya planteamos la vinculación de determinadas ánforas de fondo plano y jarras o botellas monoansadas con el sistema de reparto del aceite en el campamento de León, asociando su capacidad de almacenamiento a módulos concretos correlacionados 1:5 (Morillo *et al.*, 2015: 149-150; Morillo y Morais, 2020: 144). Recipientes muy semejantes se han asociado en el acantonamiento de Magdalensberg a la distribución del vino (Schindler Kaudelka y Mantovani, 2018: 333).

En el caso de Cáceres el Viejo esta posibilidad se vislumbra también gracias a determinados recipientes de cerámica común y engobada. Se detectan contenedores de clara inspiración en los modelos helenísticos (*lagynoi*), producidos localmente, que ofrecen distintas dimensiones y capacidades, estimándose tres medidas standard que varían entre capacidades de 4,10, 1,36 y 0,35 litros, que podrían corresponder con cantidades de reparto de las raciones asignadas de vino y aceite individuales y colectivas a las tropas (figura 19). Este sería el motivo por el que presentan capacidades normalizadas y con módulos relacionados entre sí en forma de múltiplos (Morillo y Morais, 2020: 144). Curiosamente modelos de jarros muy semejantes se conocen también en



Figura 19. *Lagynoi* locales engobadas con recubrimiento interior de resina, de diferentes capacidades (3444, 3593 y 3469).

Renieblas vinculados al Campamento V (Luik, 2002: 136, Abb. 220, R 456), también de cronología sertoriana, aunque no se han relacionado con la finalidad que aquí proponemos.

Quedan, no obstante, muchas incógnitas acerca de la forma en que se consumían los alimentos, y hasta qué punto se produjo una verdadera transferencia de esas costumbres en cualquiera de los dos sentidos (itálicos-indígenas) así como, en el indudable caso de que se produjera, quién o qué rangos sociales provocaron dichas interacciones, y con qué objetivos. Sin duda algunos elementos debieron quedar explícitamente referidos al ámbito militar itálico, como la mayor parte

de la vajilla de metal y de vidrio, pero también algunas formas como los *lagynoi* que, en realidad tuvieron escaso o nulo impacto en las comunidades autóctonas. Pero el cada vez más amplio uso detectado de formas propias del servicio itálico de cocina (especialmente fuentes y sartenes) o la de mesa ejemplificada en las producciones CIB en contextos extra militares, así como la presencia de algunos materiales de tradición u origen indígena en los contextos del campamento, nos hablan precisamente de una cierta bidireccionalidad, si bien es cierto, que aún no estamos en condiciones de dilucidar si los materiales de origen indígena localizados en el interior del campamento pudieran haber sido usados por personal itálico o personal auxiliar de origen autóctono. Solo un profundo estudio de los contextos arqueológicos donde aparecen dichos materiales, su correcta contextualización y cuantificación, podrán ayudarnos a entender estas y otras cuestiones relacionadas con la comensalidad, como ejemplo de transferencia cultural.